



Universidad de Chile  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

# **CORAZONES ROJOS**

Crónicas de violencia contra la mujer en Chile

**Memoria para optar al título de Periodista**

CAMILA REBOLLEDO

PROFESORA GUÍA: XIMENA PÓO

Santiago, Chile

2015

## AGRADECIMIENTOS

Quisiera comenzar agradeciendo a mi mamá, que siempre ha confiado en mí y me ha impulsado a trabajar duro para conseguir las cosas, inspirándome con su ejemplo. También por su valentía al querer aportar para esta memoria con su testimonio, pese a que su herida aún está abierta.

También darle las gracias a mi abuelita, que es mi angelito, que me enseñó mucho de la vida, que es parte de los motivos por los que decidí escribir estas crónicas en primer lugar.

Además, mi gratitud para Sergio Trabucco que con su taller me movió a reencantarme con este género en mi último año como estudiante de Periodismo y que fue el principal responsable de que haya buceado en mi interior para sacar mis dolores, para exponerme en toda mi fragilidad, y para entender que escribir sobre este tema tenía que ver conmigo, que detrás de cada historia estaba la mía.

A mi profesora guía, Ximena Póo, quien me abrió la primera puerta de entrada a este género y desde la primera clase que tomé con ella confió en mi pluma.

Además por entregarnos siempre la soñada libertad para escribir

A todas las mujeres que participaron, que me confiaron sus más grandes dolores y me quitaron la venda. Y por supuesto, a las y los que luchan de sol a

sol para cambiar la ingrata realidad que vive el género femenino en Chile, un país que aún no se recupera del machismo, que sigue esparciendo sus gérmenes en los medios, el trabajo, las universidades, la calle, y un lamentable etcétera.



*“(Los hombres) saben lo que pierden al renunciar a la mujer tal y como la sueñan; pero ignoran lo que les aportará la mujer tal y como será mañana”.*

Simone de Beauvoir

A las mujeres detrás de cada historia, que vieron en este  
proyecto una posibilidad de desahogo, empatía y  
comprensión, desprovisto de juicios y dobles intenciones.

A ellas, mi gratitud infinita y esta memoria.

# ÍNDICE

Agradecimientos.....	2
Prólogo.....	8
Cap. I: Calle.....	13
Cap. II: Familia.....	45
Cap. III: Dictadura.....	68
Cap. IV: Trabajo.....	105
Cap. V: Pareja.....	119
Cap. VI: Estado.....	134
Epílogo.....	162
Bibliografía.....	167
Correcciones.....	168

## PRÓLOGO

En este libro de crónicas transito por historias verídicas de mujeres que han sufrido violencia de distinta naturaleza: golpes, violaciones, acoso callejero, torturas, etc. En ocasiones, los nombres son ficticios por deseo de las entrevistadas que quisieron participar. Este libro tiene una notoria visión y voz femenina de la violencia. Es desde esa posición que escribo las historias, sin renegar de la violencia sufrida por los hombres en circunstancias similares, pero sí observando con sigilo la peligrosidad de este patriarcado.

Escribir sobre esto fue una idea que un día me atravesó el alma. Lo más lógico para explicar por qué hablar sobre esto lo encontramos en la frase: “porque soy mujer”. Pero, como diría Simone De Beauvoir, por el '49, es significativo plantearlo porque un hombre no tendría necesidad de presentarse como tal o de escribir un libro sobre su situación. Nosotras somos el Otro (la Otra); el Otro que necesita un ministerio para tratar sus asuntos y miles de páginas para relatar o repudiar nuestra posición en el mundo. No puedo escapar al “yo escribo esto porque soy mujer”, porque es evidente que, para todos, mi pensamiento está determinado irrevocablemente por mi sexo, más aún, por mis hormonas.

En realidad, la pregunta de por qué hablar sobre este tema vino después. Y fue entonces cuando me di cuenta de que esto emerge a partir de una huella, de un pasado doloroso que está, como diría Leonor Arfuch, “bajo la piel y a flor de lenguaje, para ser despertado por momentos, súbitamente, quizás por otra voz, por una circunstancia” (2002: 15).

Así fue. Una crónica de Sergio Trabucco en la que hablaba de la experiencia de tortura de una mujer en dictadura abrió en mí la inquietud de escribir sobre el sufrimiento del género femenino, contar sus historias. Pero fue luego cuando las respuestas empezaron a salir.

¿Por qué eso, y no otra cosa, despertó mi atención? ¿Por qué escribir crónicas sobre violencia sufrida por mujeres?

La crónica es un género híbrido y versátil, que permite más que nada libertad, una soltura catártica, que me deja conectarme y hablar como sujeta desde determinada posición, desde dentro, sin tomar distancia de los hechos. Admite ahondar en sensaciones y descripciones, contar un cuento. Algo que no da otra forma de periodismo. La narrativa de ésta puede ser también artística y como toda obra de arte, según Boltanski, no habla más que de uno mismo, un sí mismo que ahí no tiene ninguna importancia más que por lo colectivo: “El artista muestra a quien mira la obra algo que ya está en éste, algo que conoce

profundamente, y lo hace subir a la altura de la conciencia” (Boltanski en Arfuch: 2002: 42).

Así fui descubriendo que estos retazos biográficos que me disponía a escribir tienen bastante de autobiográficos, aunque no lo sean directamente. Ahí fui encontrándome conmigo y mis experiencias. Abusos, acoso, violencia, sufridas en carne por mí o mis cercanas. La frontera entonces, entre biografía y autobiografía, no es tan nítida. Hay un yo como punto de partida, en la forma en que abordamos un tema o en el momento en el que lo escogemos para sumergirnos en él.

“Es por esa sutil imbricación que resulta interesante ver, desde la narración de la experiencia de quien se propone trazar en un relato los rasgos distintivos de una vida (la del biografiado), cómo se va dibujando en el trasfondo la figura del biógrafo”, dice Arfuch (2002: 49).

Los relatos biográficos pueblan gran parte de los discursos y su valor memorial es innegable, ya que trae al presente narrativo un recuerdo, a menudo traumático, de tiempos pasados. Estas crónicas no son sólo una narración sobre la vida de otra, es también una narración sobre la vida misma y mi propia vida (Arfuch, 2002: 23). Yo actúo aquí como un testigo, que relata acontecimientos biográficos ajenos. Sin embargo hay en ese ejercicio, algo

de individual y colectivo. Se anula el yo, en tanto que ha sido vivido por muchas, trascendiendo la singularidad biográfica para constituirse en una herida colectiva.

Y este testimoniar, que pone lenguaje ahí en lo indecible, es en parte derecho y en parte deber. En él se ha jugado la transmisión de la cultura, la historia, la tradición. Gracias a que diversos testigos cuentan sus vivencias en dictadura, por ejemplo, es que sabemos no sólo lo que pasó a algunos, sino lo que nos pasó como país. Así se construye la historia. Es así como la memoria y testimonio de unos cuantos vislumbra la construcción de una memoria pública y, en consecuencia, la conciencia de que no ha de repetirse: “No es solamente la inquietud del pasado lo que atormenta la memoria, es también su transfiguración en el presente” (Arfuch, 2002: 25).

Hay que rodear de lenguaje lo que duele decir, hablar de las marcas para comprenderlas, sanarlas e intentar que no se reproduzcan. En esta memoria hay algunos ejemplos de violencia, que pueden quedarse cortos, y que se separan con dificultad por los contextos en los que se producen.

No es tarea fácil enunciar ciertas historias, y no hay posición más incómoda en ocasiones que la del lector y lectora, pero el testimoniar y narrar memorias traumáticas “propone una reflexión, una respuesta, una toma de posición que

vaya más allá del impacto compasivo, revulsivo y hasta admirativo que puede producir el relato del sufrimiento” (Arfuch, 2002: 98), y es esto lo que esta memoria reclama para sí.

El texto cuenta con diferentes secciones, que tratan de clasificar la violencia ejercida en distintos contextos: Calle, Familia, Dictadura, Trabajo, Pareja y Estado. Muchos de los testimonios son anónimos, a petición de las entrevistadas, y la mayoría de ellos están escritos en tercera persona, tratando de suprimir mi voz en el relato. Existen tres excepciones: “Te perdono”, que es una crónica sobre un hecho vivido por mí hace años; “Porque Dios así lo quiso, porque Dios también es hombre”, que relata también en primera persona el momento en el que mi mamá me confesó su aborto; y “Pienso que la otra vida compensa”, que es un escrito anónimo de una mujer que quiso participar con su historia, pero prefirió no someterse a entrevista. Esta última crónica no quise intervenirla para transmitir con exactitud los colores de su experiencia, y entregarle la posibilidad de expresarla por sí misma.

Gran parte de las historias son desconocidas, sin embargo existen casos que ya han salido a la luz pública, pero que vale la pena recopilar para también evidenciar la lucha de muchas mujeres en pro de la transformación de nuestra sociedad. Éstos son los de Alejandra Holzapfel, Paola Dragnic y Érica Maira.

CALLE

## **A punta de maletín**

Fue en la época de las “micros amarillas”. La jornada escolar había terminado y Natalia se reunió con su amiga al salir. Habían planeado ir al Portal Lyon, así que caminaron hacia el paradero y tomaron un bus en dirección a Providencia. Subieron a duras penas, tratando de hacerse espacio en la lata de sardinas.

Quedaron paradas en la puerta trasera. Detrás de ella, pegado a ella, iba un hombre de unos treinta y tantos, de camisa y barba candado. Natalia se incomodó porque sentía que el desconocido se movía demasiado. “Algo pasa”, pensó, sin entender ni mierda qué era, cegada por la inocencia que le regalaban sus 14 años.

El movimiento era extraño y a ritmo continuo. Ella se corría, tratando inútilmente de separarse de lo que creía era la punta del maletín del oficinista, que se golpeaba contra su desafortunado jumper. Le costó caer a la realidad del pene duro que pervertía su cuerpo colegial.

La vergüenza tiñó de rojo intenso sus mejillas. El tino le dio para voltear su cabeza con una mirada que pensó era suficiente para alejar el miembro punzante de su *derrière*, pero los indiferentes y desorbitados ojos del

degenerado se fijaron en los de Natalia como penetrándola con la vista y arrebatándole su virginal candidez.

El hombre, ya con la frente empapada de calentura, no pensaba dar verga atrás. Punteaba y punteaba, sin ánimo de disimulo, sin pudor. La tela del pantalón tiraba que parecía romperse y el asco de Natalia parecía excitarlo más.

Aún no llegaban a Providencia, pero sus miradas de cómplice desesperada con su amiga resolvieron jalar la cuerda del timbre. Natalia, sintiéndose sucia y despojada de quizás qué, prefirió caminar.

## **Colegiala, linda colegiala**

Eran cerca de las ocho. Isidora caminaba, como todas las mañanas, hacia su colegio que quedaba a unas cuantas cuadras de su casa. Al principio iba todo normal: la misma gente, en las calles habituales. Esquina de Irarrázaval con Juan Enrique Concha. Ya faltaba muy poco para llegar. En eso pensaba cuando un descarado agarrón de culo la levantó del susto.

Lo que para cualquier otra persona podría haber sido un señor, la miraba fijamente sin culpa. Ni el terno le dio para la cuota de decencia. Los ojos de Isidora, dibujados por el terror, la cara en el suelo, el corazón atravesado en la garganta. Nada. Nada fue suficiente para que el hombre quitara la mano de su nalga. Aprovechó de manosear un poco más.

“Qué *hueá* te pasa”, fue lo que atinó a decir antes de que el tipo se burlara con una carcajada y retrocediera para dejar ver su pene que, erecto, tomaba el fresco de la mañana. El despavorido grito de Isidora, obligó al hombre a cruzar la calle con los pantalones abajo.

Desde la otra vereda la miraba lujurioso, masturbándose sin tregua, sin vergüenza, sin disimulo de su placer ante la colegiala de ojos verdes, que contenía el llanto en caso de que algo pudiera hacerla ver más vulnerable o hacerla sentir más indigna.

Lo que quedaba de camino al colegio era algo así como una cuadra. Aunque los pies de Isidora nunca se habían movido tan rápido, sintió la eternidad.

Entró y, aterrada y culposa, corrió al baño y se encerró en un cubículo a llorar. Se torturó por no haber dicho nada, por no haberle mutilado el miembro; secó las ideas buscando frases que pudo haber lanzado y no articuló. Nada la alivió.

Han pasado 13 años desde eso y, hasta hoy, Isidora no ha vuelto a pasar por esa esquina sola.

## **El de la Van**

Antonia iba en tercero medio. Estaba saliendo del “Preu” un sábado en la mañana, a eso de las once, en Rancagua. La dejaron a cuatro cuadras del supermercado donde pasaría antes de tomar la micro que le servía para llegar a casa.

Iba cruzando la calle cuando una Van le toca la bocina. Como Rancagua es un pueblo pequeño, todos se conocen y pensó que podía ser un amigo o algo así. Miró pero no logró ver bien quién era.

Enseguida vuelve a mirar y observa que la Van se había dado la vuelta y ahora venía en sentido contrario, hacia ella. Pasó frente a sus ojos. Antonia miró y distinguió a un señor de unos 45 años que nunca antes había visto. No le dio mayor importancia y entró al supermercado.

Una vez adentro se puso a mirar los coloridos pañuelos que estaban en la sección de ropa. En eso sintió que una persona se paraba al lado suyo. Antonia levantó la mirada y se dio cuenta de que era el mismo extraño que le había tocado la bocina hace unos minutos. Él se acercó y le dio un beso en la mejilla que la congeló.

-Hola, yo soy el de la Van. Pensé en venir para acá porque estabas sola y por si necesitabas que te llevaran a tu casa.

El hombre seguía haciéndole preguntas y Antonia, nerviosa, le respondía todo. Dónde vives, qué estudias, cómo te llamas. No pudo mentir. Atinó a inventarle que tenía que irse, porque sus amigos estaban en otro pasillo del supermercado esperándola.

Antes de que Antonia se fuera el hombre quiso despedirse de ella y le dio un beso. Esta vez fue en la mitad de la boca.

## Ha llegado carta...

A los niños del condominio les gustaba juntarse en el patio común a jugar. Como todos los días, Catalina había bajado a juntarse con sus amigos, pero ya estaba algo cansada y sintió ganas de volver a casa. Ella tenía que pasar por los tres primeros blocks para llegar a su departamento en el último de los edificios de la perfecta hilera de cubos de cemento, donde vivía con sus dos hermanos y su madre desde que se había separado de su papá.

Cuando iba pasando por el penúltimo de los bloques, Catalina se encontró con un hombre de unos treinta y tantos. Con la sonrisa que la caracteriza y dando brincos se aproximaba a su casa cuando él la para en seco.

-Hola, soy cartero y tengo que entregar una carta en el último piso, pero me dan miedo los perros. ¿Sabes si hay alguno? ¿Me acompañas?

Era evidentemente extraño que un treintón le pidiera ayuda a una niña de ocho años para enfrentar su miedo a los caninos, pero con la bondad y la inocencia típica de los niños, Catalina quiso ayudarlo, diciéndole que se tranquilizara, que si había algún perro estaría dentro de la casa y él no tendría que topárselo.

El hombre parecía nervioso y le insistió a Catalina que lo escoltara hasta el último piso, hasta que ella accedió. Para su triste sorpresa, el último piso de ese block estaba deshabitado y algo percibió en él que la hizo llorar. El falso

cartero aprovechó rápidamente de bajarse los pantalones antes de que alguien escuchara llorar a la niña, la cogió de la cintura, y la sentó en una de sus rodillas. Le levantó la falda, cogió su pene y comenzó a masturbarse. Catalina continuaba llorando, intuyendo lo terrible de la situación.

-Por favor no llores - le decía, mientras continuaba en lo suyo, cada vez más excitado.

El miedo de Catalina fue mayor cuando el abusador llegó a su *peak* de calentura y disparó el semen en todas direcciones, manchando parte de su ropa.

Dejó a la pequeña a un lado, se levantó y se abrochó el botón del pantalón.

-No me sigas, o les voy a contar a tus papás lo que hiciste.

El llanto de Catalina no amainaba. Se quedó ahí, inmóvil de miedo, hasta que lo vio desaparecer.

Enseguida bajó corriendo las escaleras, tocando los timbres de los departamentos de sus vecinos. Una de las puertas se abrió y apareció una señora. Catalina se escabulló en la abertura y entró corriendo al lugar.

-Me están siguiendo y no quiero irme sola a mi casa.

La mujer la calmó y la acompañó hasta su departamento, de donde no salió en varios días a jugar.

## Cómo olvidar la primera vez

Lo único que quería era ducharse. Iba transpirada y con la cara roja como un tomate por el ejercicio. La cola que se había hecho en el cabello para trotar ya estaba toda desarmada y tenía el pelo pegado a la frente por el sudor.

Fue una noche de febrero, a eso de las nueve. Francisca iba caminando por Tomás Moro, de vuelta a su casa después de una tarde de correr por el barrio. Hacía calor. Tenía puesta una polera varias tallas más grande, que le había prestado su hermano mayor, y unas “patas” largas.

Apenas vio venir a un tipo menor que ella, de unos veinte años, con pinta de *skater* en una de esas bicis bajas. Se acercó, acorralándola contra un árbol y de frente le dio un agarrón en el poto. Francisca se corrió y sólo consiguió decir “¡oye!”. Nunca olvidó su cara de indiferencia, y su aire soberbio mientras se alejaba mirándola firmemente.

Era su primera experiencia de acoso callejero, a sus afortunados 25 años. La dejó en shock. Trataba de convencerse de que no era tan terrible, y se disculpaba consigo misma por sentirse tan indefensa.

No se movió hasta que el acosador se perdió entre las calles y llamó a su mamá. A ella ya le había pasado varias veces, por lo que no hubo sorpresa.

Buscando un poco más de empatía caminó un par de cuadras hasta la casa de su pololo, le contó lo que había pasado.

-“Qué lata, esas cosas pasan”.

## La noche boca arriba

Natalia había salido a comer con una amiga. Luego de actualizarse sobre sus vidas largo rato se levantaron para irse. Era jueves y al día siguiente tenían universidad temprano. Su amiga andaba en auto y le ofreció ir a dejarla a casa. Cuando estaban ya en Ñuñoa, llegando a la calle Juan Moya, Natalia se bajó.

-No te *preocupí*. Me bajo aquí y camino. Si es una cuadra y media...

Empezó a caminar. Entre la densa neblina divisó una silueta de un hombre de unos 30 años que había aparecido como de debajo de la tierra. Sólo recuerda que llevaba puesto un gorro. Lo miró hacia atrás con actitud desafiante para sentirse más segura.

Hace tiempo en el barrio estaban pasando cosas y como comunidad habían instaurado un plan en caso de asaltos y robos. Por eso Natalia tenía un silbato en el llavero. Por las dudas metió la mano a su cartera y sacó las llaves. Empezó a caminar más rápido. Ahí fue cuando el tipo comenzó a correr hacia ella.

Natalia se llevó el silbato a la boca y trató de soplarlo. El miedo le había arrebatado las fuerzas, por lo que no pudo extraer ningún sonido de él. Eso la angustió. No atinó a correr. Sólo le miró las manos, preocupada de que llevara un cuchillo, una pistola o cualquier otra arma. No tenía nada.

En unos segundos el tipo estaba frente a ella, toreándola para que sucumbiera. Cayó de espaldas y quedó boca arriba. Cuando trató de pararse ya era tarde. Él ya estaba sobre ella. Sólo entonces Natalia entendió que no se trataba de un asalto o de un robo.

Llevó su mano a la vagina de Natalia, por sobre el pantalón. La tocaba con desesperación. Ella sólo escuchaba la respiración agitada del agresor. Incluso le pareció que tenía miedo. Ni siquiera hablaba, ni la amenazaba. La presionaba sobre el suelo frío y recorría su cuerpo, alterado. Ella pensó que no iba a permitir que pasara.

-¡Qué quieres! – el grito le salió del estómago.

Siguió gritando, abusando de sus cuerdas vocales como nunca. Empezó a insultarlo. Cuando entendió que Natalia no se detendría, se paró de golpe y escapó corriendo, pensando que los vecinos despertarían con el escándalo. No se movió ninguna cortina, ni se encendió ninguna luz. Eso la hizo sentir aún más vulnerable. Se levantó con las piernas temblorosas. Le costaba caminar.

Apenas metió la llave en la cerradura de la puerta. En la entrada de la casa estaba su papá.

-¿Qué pasó? Escuché un grito.

-Trataron de violarme.

En sus ojos brillantes de rabia se vio la impotencia. Sabía que no había nada que hacer. Para Natalia más tarde vino la culpa, después el miedo a salir sola, el gas pimienta en la cartera y le pérdida de autonomía. Clásicos de todos los tiempos.

## Crónica de otra tortura

Sonaba uno de los reggaetones de moda. La casa estaba llena de gente. Como era costumbre los fines de semana en la Caro, se juntaban a tomar y a bailar amigos, conocidos, paracaidistas, de todo. Al centro había un grupo que llamaba la atención. Un poco marginado, menos preocupado de ser el alma de la fiesta, había un tipo moreno de unos diecinueve años. Valeska se fijó en él porque era alto, como le gustan. Le pareció interesante que no se involucrara con los payasos del *carrete*.

La noche hizo lo suyo y terminaron acercándose. La típica conversación de desconocidos en fiesta: cómo te llamas, qué haces, dónde vives. Nada especial. Hubo tanta onda que terminaron abrazados, besándose. Cuando la casa estaba quedando vacía intercambiaron números de teléfono. “Carlos”, quedó guardado en el celular. Se fue pensando si lo volvería a ver. Al final, en estas circunstancias nunca se sabe si va a llamar o va a ser uno de los tantos contactos que quedan ahí y que meses después te preguntas de dónde salieron.

Carlos llamó a los pocos días. Quería que se juntaran. Valeska accedió. Volvieron a besarse, ignorando que eso significaba activar una bomba nuclear. Mensajes de texto iban y venían, pero la historia que realmente marcaría su vida estaba urdiéndose en paralelo.

Se detuvo en la vereda y miró hacia atrás. Sentía unos ojos pegados en su espalda. Lo vio otra vez, la cuarta vez. Ya empezaba a parecerle extraña la recurrencia con que se lo cruzaba en su rutinario camino de vuelta del colegio desde Pedro Aguirre Cerda a su casa en José María Caro. Con el tiempo entendió que se trataba de algo personal.

No era Carlos, era el Toro. Un hombre con espalda de camión, famoso en la población y no por ser de los trigos más limpios. La seguía hace días, pero Valeska no entendía por qué. No había un motivo. Ni siquiera se conocían. Se preguntaba si tendría algo que ver con los mensajes y las llamadas anónimas que estaban entrando a su celular hace semanas del remitente “Mío”, como tenía guardado su propio número en el aparato.

“Te estoy mirando”; “Sé dónde estás”; “No te puedes arrancar de mí”. Con cada mensaje su saldo bajaba. Se ponía peor: “En cualquier momento me la vas a pagar”. La preocupación la invadió cuando notó que el Toro ya no estaba solo. Lo acompañaba la Flaca, sobrina de un poderoso narcotraficante de La Caro. Era de las peligrosas. En la peluquería de la mamá de Valeska se escuchaban muchas historias sobre ella. Hace poco había estado en la cárcel por asalto a mano armada.

Un día esta mujer se acercó.

-Oye, *hueona maraca*, te metiste con mi pololo.

-¿Y quién es tu pololo?

-El Charlie po.

El rompecabezas terminó de armarse en la cabeza de Valeska. Negó haberse metido con el Charlie, por miedo. La Flaca estaba lejos de cansarse y siguió esperándola en la esquina de su casa para amedrentarla.

-No voy a perder a mi pololo por una pendeja como tú. Ten cuidado.

-Quédate con tu pololo. A mí no me importa.

Valeska empezó a asustarse, pero no quería contarle a nadie. Ella era de la mafia. Tenía mucha plata, lo que le valía tener un ejército dispuesto a sus órdenes. No fue capaz siquiera de decirle a Carlos, que seguía llamándola. Sólo le mencionó que ya sabía que estaba pololeando, que conocía a la Flaca y no quería meterse en problemas. De un día para otro dejó de llamar. “Nunca más supe de él. Quizás lo mató. Su familia tenía ese historial”, cuenta Valeska.

La mujer seguía acercándose. Las amenazas eran cada vez más graves. Un día apareció por detrás y presionó contra su espalda baja el cañón de una pistola.

-Conozco a toda tu familia. Si hablas le puede pasar algo a tu hermana chica.  
Ten cuidado.

Fueron tres meses de mensajes de texto, encuentros en la calle, amenazas, llamadas a la casa y al celular. Tres meses de un miedo crónico que la congelaba. Tres meses pensando que cualquier día, en plena calle, podía ser golpeada, acuchillada o acribillada por la Flaca o por uno de sus soldados.

Llegó septiembre con sus rayos de sol y sus brisas primaverales, las tardes más largas, los colores más vivos y el aroma a carne asada en las esquinas. Pero Valeska no lo estaba disfrutando. Casi nunca salía sola, pedía que la fueran a buscar, que la encaminaran a casa.

Por la inofensiva textura de la Flaca, que hacía presumir que un viento fuerte podía remecerla, Valeska deducía que no se enfrentaría con ella directamente. Pecó de ingenua o quizás sólo le faltó imaginación.

### **Huele a tierra mojada**

Ese día de septiembre era el cumpleaños de su abuela. Ya habían pasado las Fiestas Patrias y estaba todo más tranquilo en el barrio. El día anterior había llovido y la humedad se sentía por todas partes. La penetraba a través de la ropa y la suela de los zapatos, y se colaba fuertemente por su nariz ese olor a tierra mojada, que hasta hoy la hace estremecer.

Su primo estaba enfermo en casa, así que una vez que sonó el timbre que marcaba el final de la jornada escolar, Valeska partió a visitarlo. Antes le avisó a su papá que estaría en casa de su abuela luego. Vivían a un par de cuadras. La música del final de las noticias alertó a Valeska de que ya era tarde y ya no podía seguir evadiendo la reunión social que tanto detestaba.

-Me voy. Tengo que ir donde la abuela.

-Te voy a dejar.

-No, cómo se te ocurre. Estái enfermo.

“Siempre me pregunto qué hubiera pasado si le hubiera dicho que sí”, comenta Valeska.

Salió de la casa del Rorro y se fue caminando. ¿Qué podía pasar en un par de cuadras? Cuando iba llegando a la esquina de la cancha donde en las noches se juntaban los drogadictos de la población, la vio. Estaba con dos hombres que nunca había visto. Se detuvo y se dio la media vuelta para volver, pero ahí estaban el Toro y otro tipo.

-Cállate y camina.

Le puso la pistola en la espalda. Valeska empezó a sentir una sensación que hasta ese momento desconocía. Se congeló. La escoltaron hasta donde estaba

la Flaca. Instantáneamente el grupo que estaba drogándose se levantó y se fue. Caminaron hasta el fondo del peladero que usaban de cancha para jugar fútbol, donde estaba la casa abandonada, donde ya no había luz. “Pensé que me iban a matar”, confiesa Valeska.

En el camino Valeska no dijo una palabra. Pensaba en sus papás, riéndose y tomando en la casa de su abuela, mientras ella estaba ahí. Pensaba que por qué no habló, por qué no aceptó que el Rorro la fuera a dejar, cómo salió sola, quién la iba a encontrar cuando estuviera muerta. Estaba resignada.

A esas alturas ella sólo veía sombras. Reconocía a la Flaca por su voz. El Toro, el más grande y fuerte del grupo fue el que la empujó al rincón.

-Ahora me las vas a pagar. Me vas a mostrar por qué el Charlie me dejó por ti.

Sin saber si servía de algo, le repitió que no estaba interesada en él, que nunca más se vieron, que no tuvieron ninguna relación, que no le gustaba. La Flaca se reía a carcajadas. Parecía drogada. Se acercó y le tomó la cara. El Toro la puso contra la pared. Sentía su miembro erecto apretándose contra ella. No podía respirar.

-¡Aléjate, no puedo respirar!

-Es lo mínimo que te va a pasar.

Ahí fue cuando empezó a manosearla. Trató de besarla. Le pegó en las piernas hasta que cayó de rodillas. Se desabrochó el pantalón, tomó su pene y le gritó que se lo chupara. Valeska intentó ponerse de pie, pero él con un solo movimiento la detuvo agarrándola de los hombros y la devolvió al suelo. La Flaca se acercó y le puso la pistola en la cabeza.

-¿Ahora lo vas a hacer?

Sintió que era eso o morir atravesada por una bala en la sien. Pensó en sus papás, en que había discutido con su madre la tarde anterior, que no le dijo que la quería. Recordó cuando era pequeña y jugaba con sus primos. El colegio, los amigos, los tíos. Cómo iba a tomar la noticia su mamá. Acercó su boca. La Flaca sostenía la pistola con una mano y con la otra la agarraba del pelo y la empujaba contra el pene del Toro. Valeska se resistía. La Flaca alistó el arma para disparar. Decidió hacerlo para sobrevivir. Mientras le hacía sexo oral a la mascota de la Flaca escuchaba sus insultos y risas. Los otros tres disfrutaban del espectáculo, masturbándose.

-¿Cómo se lo hacíai al Charlie? ¡Muéstrame cómo se lo chupabai! ¿Cómo te desnudaba? ¿Qué le decíai cuando lo hacían?

El Toro eyaculó en su boca. Después vino el otro, y el otro, y el otro. La Flaca la tomó y la levantó del piso. Tenía las rodillas mojadas por la humedad. El cuerpo no le respondía, sentía que se desvanecía.

-¿Qué pensai ahora? ¿Te vai a seguir comiendo al Charlie?

-No. No me importa. Nunca me metí con él. Cortamos el contacto cuando supe que estaba pololeando contigo.

Valeska nunca le mintió. Esperó que diciéndole la verdad, la Flaca le creyera y la dejara en paz. El Toro seguía excitado. Se puso por detrás de ella y la agarró, mientras la Flaca se acercaba al oído de Valeska.

-Te voy a probar.

Le hizo una seña al Toro. Él la tiró al suelo otra vez y se sentó en su estómago. Otro de los tipos se paró a la altura de su cabeza y le amarró las manos, pisando el cordón para que Valeska no pudiera moverse. Cuando ya estaba lista, le dijo al Toro que se moviera y tomó su lugar.

-Te voy a dar una oportunidad. Contéstame, ¿cuántas veces te lo metió?

-Nunca tuvimos relaciones. Fueron sólo unos besos. Tienes que creerme.

-Ya. Perdiste la oportunidad que te di.

Le desabrochó el pantalón de tela negra que llevaba puesto ese día, desabotonó la blusa roja.

-¿Era rico hacerlo con él? ¿Te lo hacía bien?

Valeska rompió en llanto, le rogó que la dejara. Tenía que creerle, estaba diciendo la verdad. Cuando llegó al último botón de la blusa sacó un cuchillo y cortó su sostén con él. Comenzó a tocarle los pechos. Sentía frío. La tierra estaba húmeda. Sentía ese olor.

-¿Con cuántos hombres has estado en una noche?

-Déjame. Para, por favor.

El Toro se acercó.

-Yo quiero ser el primero.

-Ah, bueno. Vas a tener que aguantarte porque el Toro la tiene grande.

Valeska tenía los ojos nublados de lágrimas. El Toro se sentó sobre ella, la tomó del pelo y trató de besarla. Ella se corría, pero era imposible esquivarlo. Encogió las piernas, le pegó un rodillazo y trató de arrancar. Estaba rodeada. Lo peor fue que su ataque de rebeldía había despertado la ira del Toro. La tiró al suelo sin piedad, pero Valeska ya no sentía dolor.

-No te resistas. Va a ser peor. Sólo te vamos a dar amor. He estado esperando este momento por mucho tiempo.

Valeska dejó de llorar. Sabía que no había salida. Le sacó los pantalones y las zapatillas. Le cortó los calzones con el mismo cuchillo que antes había usado la Flaca para su sostén. Yacía prácticamente desnuda sobre la tierra mojada y fría. La empezó a tocar y la penetró, mirándola a los ojos. Le besaba el cuello, la boca. Sentía placer. Cuando terminó la dejó ahí tendida. Ya nadie la retenía. No había alguien sobre ella o pisando la cuerda que ataba sus muñecas. Podía escapar, pero se quedó ahí tirada.

El Toro se abrochó los pantalones. Volvió la Flaca al juego.

-Quiero sentirte, quiero saber qué tienes de bueno.

Volvió a tocarla, esta vez la besó en la boca. Valeska estaba impactada. La Flaca bajó con su boca hasta su vagina y le hizo sexo oral.

-No tengo nada para meterte, pero podemos intentar otra cosa. Elige.

En una mano afirmaba la pistola y en la otra el cuchillo que la desnudó. Valeska estaba muda.

-Bueno, ya que no quieres elegir, voy a elegir yo por ti. Con el cuchillo vamos a dejar la cagá, así que mejor la pistola.

Le pidió al Toro que la afirmara. Él le tomó los brazos, y los otros dos se preocuparon de abrirle las piernas. La Flaca tomó el cuchillo y lo acercó a su cuello.

-Si gritas, te corto.

La penetró con la pistola. Valeska sentía mucho dolor. Trataba de juntar las piernas, pero era imposible.

-Mientras más te resistas, más te va a doler. Tienes que relajarte, si es rico.

¿Cuántas veces te lo metió?

-Nunca tuvimos relaciones.

-Mira, huevona. Si no me decí cuántas veces no voy a parar.

-Me tienes que creer, es verdad. Te lo suplico.

La pistola entraba cada vez más fuerte.

-Si quieres que pare dime, ¿cuántas veces?

-Fue sólo una vez.

No se detuvo.

-¿Cuántas veces?

-Tres.

La Flaca sacó la pistola de la vagina de Valeska y le dio vuelta la cara de una cachetada. No sintió nada más que alivio. Todo quedó en silencio. Extrañamente Valeska se sentía más protegida ahora que sus piernas estaban cerradas y la pistola fuera de ella. La Flaca se levantó y se alejó, turbada.

-Sigán ustedes.

Otro de los tipos comenzó a violarla. La Flaca tardó poco en dar la siguiente orden.

-Ahora los dos.

Ellos se miraron. Ella repitió la orden. Cada uno tomó su posición. Esa fue la primera vez en la vida que a Valeska la penetraron por el ano. La Flaca se puso por delante y le tomó el pelo.

-Te quiero ver la cara. ¿Te duele?

Valeska no contestaba.

-¡Más fuerte!

Aguantó todo lo que pudo para no darle en el gusto a su torturadora. Ella le tomó las manos y le dijo que la apretara si le dolía. Valeska lo hacía por inercia.

-Por favor, para.

-¿No te gusta andarte metiendo con los pololos de las demás?

Le soltó la cabeza de un golpe y ordenó que siguieran. El hombre que la penetraba por la vagina se levantó.

-No. Ya no más.

Ambos se retiraron, pero el Toro no estaba satisfecho.

-Yo quiero de nuevo.

-No. Vámonos.

El Toro se le tiró encima. Nadie intervino. Valeska ya no tenía fuerzas ni para resistirse. No se movía para evitar sentir dolor. El cuerpo no le respondía. Ella sentía los gemidos y la respiración agitada del Toro. Las imágenes empezaron a ser cada vez más difusas. No podía respirar. Se estaba desmayando. La Flaca trató de sacarlo. Valeska sólo escuchaba voces.

-No te *vayai* adentro, *huevoón*.

La Flaca seguía intentando sacarlo, pero él se aferraba al cuerpo inmóvil de Valeska. Empezaron a discutir. Los gritos la despertaron. Empezó a empujarlo. Entre todos tomaron al Toro y lograron sacarlo.

-Llévenselo. Y tú vístete y ándate. Esto es para que nunca más te metas conmigo. Si se te ocurre hablar te puede volver a pasar.

Tomó el cuchillo otra vez, le cortó la cuerda de las manos y se fue. Valeska se quedó en el suelo y lloró. Lloró hasta quedar seca. Vio sus pantalones. Se vistió con delicadeza. Se puso las zapatillas y por fin se levantó. Se sacudió la tierra y se fue a casa por otro pasaje para evitar pasar por la casa de su abuela, donde posiblemente todos seguían celebrando.

“Estaba en shock. Iba a prender el calefont para bañarme y me sentía tan sucia que preferí ducharme con agua fría. Ni siquiera sentí el agua. Me sequé el pelo y empecé a sentir que me corría algo en la vagina. Me miré y era sangre. Volví a meterme a la ducha. Me puse una toalla higiénica porque no paraba de sangrar. Tomé toda la ropa y la quemé en el patio de atrás. Doy gracias a Dios porque no había nadie en mi casa. Tiré las cenizas a una pileta y me fui a acostar”.

Obviamente no consiguió dormir. Sintió que se abría la puerta de su casa y se hizo la dormida. Su papá entró a la pieza y gritó tranquilizado: “No. Está acá. Está durmiendo”.

### **En esta corrida no hay mulillero**

Al día siguiente se levantó igual que siempre. Hizo su rutina con normalidad, como si la noche anterior hubiese sido un mal sueño que olvidas luego de una hora despierta. Así fue por dos meses.

Con el tiempo fueron apareciendo las crisis de pánico, las pesadillas. Valeska no sabía por qué. Era como si hubiesen borrado esa noche de septiembre de su memoria. La primera vez que lo contó fue a la Pame, su amiga. Juntas comprendieron la razón de su extraño comportamiento y lloraron tiradas en la cama. Valeska se sentía culpable. “Pude estar más atenta, pude resistirme más, pude arrancarme, pude decirle que nos habíamos acostado”, una suposición tras otra.

El Toro no podía dejar de pensar en ella. Había caído en una especie de obsesión. La Flaca ya lo había dejado ir, pero no el Toro. Empezó a seguirla de nuevo. Amenazada, la llevaba a su casa y la volvía a violar. Valeska ya sentía que era lo que le tocaba.

-¿Te acuerdas de la primera vez que estuvimos juntos?

Siempre le hablaba de sexo. Eso la aterraba. El sexo la aterraba. No soportaba verlo en televisión, no toleraba los abrazos. Le recordaban la presión del cuerpo del Toro contra ella. Después el sexo pasó a ser una necesidad incontrolable. El olor a tierra mojada la excitaba, y como no podía concretar las relaciones sexuales, se drogaba para lograrlo. Alcohol, éxtasis, lo que hubiera. Se escapaba de su casa con cualquiera, se iba siempre con alguien de la disco para encamarse o hacía llamadas a su lista de contactos por desesperación. Ahora las mujeres también la confundían.

Su ansiedad bajó cuando supo que la Flaca estaba presa. Ya no tendría que verla en la calle. Pero esta especie de ninfomanía que la había transformado no la abandonaba. Transpiraba por las noches, se escapaba de su casa y no le importaba usar protección. Eso la empezó a asustar. Con ayuda de medicamentos, terapia psicológica y trabajo de sus padres fue capaz de superarlo hace recién un par de años.

La Flaca salió de la cárcel y se enfermó de Sida. Dejó de ser una preocupación para Valeska, mientras que el Toro seguía acechándola en las calles y en sus sueños.

Una noche la invitaron a una fiesta ahí, en la Caro. Fue en la moto de un amigo. Lo vio entrar por la puerta. Sintió que se iba a desmayar. Corrió afuera

y él salió detrás de ella. La iba a buscar. Valeska se subió a la moto y la echó a andar. Dos cuadras más allá se detuvo porque se sentía mal, no podía respirar. Lo vio de nuevo. Venía caminando hacia ella, en sentido contrario. No iba a aceptar otra violación. Después de un par de intentos fallidos, la moto encendió. Cerró los ojos, respiró profundo y aceleró. Con el golpe perdió el control de la moto y volvió a detenerse. Miró atrás y ahí estaba, tirado en la mitad de la calle, destinado a ser otro más de los muertos que nadie reclama.

# FAMILIA

## **Te perdono**

Ahí estaba yo boca abajo, con la cara y la carne apretadas contra el duro asiento producto del peso de un cuerpo cinco años mayor. Cachando huevo, como se dice. Era una camioneta blanca de esas que tienen la parte trasera cerrada y están separadas del conductor.

No sé ni cuántos años tenía pero era chica. Lo suficiente para no acordarme de casi nada. A veces pienso que me lo imaginé. Luego me lo cuestiono, cuando pienso por qué tenía tanto miedo de estar sola con él.

Él probablemente nunca supo que yo sabía. Lo perdoné cuando lo fui a visitar y me contó que la esposa de turno de mi papá le daba besos en la boca como un chantaje para que no le mostrara a él las manchas moradas en la piel que le dejaban las zurras de su desequilibrio mental. Le pegaba porque era desordenado, porque le iba mal en el colegio. No era un santo, pero era un niño, que como el resto de los hermanos, nunca recibió atención de su papá. Su mamá era esquizofrénica y perdió el juicio en el tribunal también.

Y ahí estaba yo boca abajo, con la cara y la carne apretadas contra el duro asiento producto del peso de un cuerpo cinco años mayor. Él sobre mí. El viejo adelante manejando, sin darse cuenta de nada. Su mano derecha bajo mi calzón, moviéndose.

Era un juego que probablemente aprendió de esa mujer. Él me preguntaba si lo estaba pasando bien, si me gustaba. Yo no entendía nada. Supongo que lo quería tanto que no me lo cuestioné. Si eso hubiera pasado ayer me habría deshecho en llanto, pero ese día no lloré. Así fue por unos minutos. No recuerdo cuántos. Por suerte no recuerdo casi nada, pero desafortunadamente no me olvido.

Los años pasaron y nos distanciamos. No lo vi a él ni al señor que manejaba la camioneta ese día. Años después nos reencontramos. Le gustaba venirme a visitar a casa. Me traía regalos: quesos, chocolates y otras cosas que robaba del supermercado para mí. Yo siempre le decía a mi mamá que el Diego iba a venir para no estar sola y ella siempre accedió a hacerme compañía sin preguntar nada porque lo encontraba raro.

Hoy aquí estoy yo, tratando de decirle a la distancia, sin que se entere, que lo perdono. Que recuerdo, pero que nunca se lo voy a decir. Que lo perdono por haber abusado de mí, y lo perdono por su ausencia. Dieguito, te perdono y no sólo porque la sangre tire.

## **Sola o con ustedes**

Rocío es la única mujer joven en su familia. La única prima, la única sobrina, la única nieta. Vive en una casa gigante con un hermoso jardín en Huechuraba. A menudo recibe comentarios de lo genial que es su familia, porque es de esas que se ven en la publicidad, en las cajas de cereales, como ella dice: hijos deportistas, madre y padre juntos, buenas notas, sonrisas, viajes, casa en el campo, etc.

Pero hay algo que, a los ojos de Rocío, quiebra drásticamente ese perfecto esquema que sus padres han querido construir. Algo por lo que ella sigue trabajando hoy, más de diez años después. Ese algo se compone de dos historias, dos trenes que avanzaron por carriles diferentes pero que chocaron dolorosamente en un mismo punto.

Esta mujer de 24 años, casi ingeniera comercial, no recuerda cuándo fue la primera vez que abusaron sexualmente de ella. No logra recordar el evento puntual. Cree que esto comenzó antes de que cumpliera cuatro años.

Sus padres son un matrimonio joven. Su mamá quedó embarazada a los 18 años y se dedicó a cuidar al hijo mayor, y luego a los que siguieron. Por eso nunca tuvieron mucha vida de pareja. Para tener más tiempo de soledad, todos los veranos mandaban a los niños a casa de sus abuelos en Calera de Tango,

durante un mes. Con ellos vivía Juan, tío de Rocío por parte materna, que nació con problemas al corazón, con nulas esperanzas de sobrevivir mucho tiempo, por lo que sus papás fueron muy aprehensivos con él. Ahora, con tantos años encima es un milagro vivo que sus padres agradecen y atesoran.

Juan nunca hizo una vida normal, pese a que sorteó los malos pronósticos. No salía casi nada de casa, no tenía un grupo de amigos para jugar, ni menos tuvo relaciones con mujeres. Fue eso en parte lo que lo llevó a entablar extrañas dinámicas y jugarretas con Rocío desde que era muy pequeña.

Mientras los abuelos dormían siesta, Juan armaba verdaderas guaridas, sirviéndose de chales, sábanas y sillas. Era un club sólo para Rocío y él. Ella, de cuatro años o menos, y él rondando los 18.

Fue en esas improvisadas habitaciones en las que jugaban a la escondida donde Rocío fue tocada por primera vez. Tocada en sus partes íntimas. No sólo en los veranos, sino que en cada reunión familiar, Juan se las arreglaba para esconderse con Rocío, hasta que ella tuvo más o menos doce años.

En el club del abuso, también ella tuvo que tocarlo, masturbarlo y en ocasiones incluso hacerle sexo oral. Él la obligaba a chupárselo. Luego de las sesiones su tío le advertía:

-No puedes contarle esto a nadie, porque si sabe tu mamá se puede enojar mucho contigo, y tu papá te puede retar.

Esto se repitió sistemáticamente hasta que un día, sin saber cómo, Rocío puso el freno.

“Como yo crecí con esto, nunca tuve conciencia de qué estaba bien o mal hasta cuando ya estaba más grandecita. Yo siempre intuí que no estaba bien. Pero no sabía que era un delito. Además, yo me sentía culpable de lo que pasaba y hoy, después de muchos años tratándome, entiendo que es todo lo contrario”.

Desde niña, su madre le enseñó que nadie podía tocarla, y que si pasaba ella tenía que avisarle. Rocío no lo hizo por las amenazas, y porque cuando cayó en cuenta de la gravedad del asunto pensó que su papá podría matar a Juan si llegaba a enterarse. Creció mintiendo en todo. Hasta que a los 16 años decidió hablar y se llevó una amarga sorpresa.

### **El dolor más grande**

A los 16, a Rocío la pillaron en una mentira de las que inventaba para salir hasta tarde con sus amigos. Pensando en el porqué llegó a la conclusión de que se había acostumbrado a ocultar la verdad por evitarle preocupaciones y daño a sus padres luego de su experiencia de abuso sexual.

Fue un día jueves. Rocío les contó que su tío la abusó desde niña. Sus papás se abrazaron y lloraron mucho. Pero, para el pesar de su hija, eso fue todo. Llegó el domingo y hubo asado familiar en su casa en Huechuraba: “Buena, *pelao*’, ¿cómo *estay*?”, saludaron al tío Juan.

“Yo me preguntaba qué mierda pasaba. O sea, a mí me hicieron esto y para mis papás no pasó nada. Pensé que no les importó, que no me querían. Me quise matar. Fue muy fuerte para mí. Les dije que me llevaran al sicólogo y dejé de hablarles por una semana”.

El siquiatra les dijo que la situación era grave y que Rocío no podía tener contacto con Juan, que tenían que protegerla. Desde ahí han pasado ocho años en que no se han visto las caras. Para los eventos y reuniones o va ella, o va él. Se ponen de acuerdo.

Hoy, con pesar, Rocío confiesa que le dolió más la ligereza con la que se la tomaron sus padres y abuelos que el mismo hecho de haber sido abusada sexualmente. Es ése el tema que sigue tratando en terapia con su sicólogo actualmente, y hace mucho tiempo.

### **La verdad que dejó la hipnosis**

Entre todos los métodos que Rocío probó para superar sus traumas (sicólogo, pastillas, organizaciones, investigación, machis, amigos), encontró la hipnosis.

De esa forma podría buscar en su inconsciente los recuerdos perdidos, sacarlos, y comenzar a sanar.

Así desempolvó las tardes entre chales y sábanas, las felaciones y los toqueteos con el tío. Pero encontró además un nuevo y desgarrador episodio de su vida que tuvo absolutamente bloqueado toda su adolescencia.

“Con mi hermano éramos yunta, pero cuando me hipnotizaron y supe que él también había abusado sexualmente de mí, dejé de hablarle”. El hijo mayor de la familia tenía 15 años, cinco más que Rocío, cuando se inició como su abusador sexual.

Él hacía que Rocío lo tocara y lo masturbara. Además él la manoseaba. “A él le gustaba, más que todo, tocarme mientras se masturbaba, que tuviera mi cuerpo cerca para rozarme con el pene”.

Pasaron un par de semanas desde que Rocío dejó de hablarle a Esteban, antes de que los papás comenzaran a preocuparse. Siempre hacían todo juntos y tenían muy buena onda, pero a Rocío en el camino la golpeó una verdad que no pudo pasar por alto, y decidió edificar murallones a su alrededor para protegerse.

Luego empezaron las preguntas. Las preguntas derivaron en respuestas. “Yo ya sabía que la reacción con lo de mi hermano iba a ser mucho peor después

de que vi lo de mi tío. Mis papás siempre han tenido una postura de cuidarlo a él antes que a mí porque él siempre tuvo problemas en el colegio, con la U, y yo soy todo lo contrario, nunca di problemas. Para ellos era la niña perfecta que nació con mil dones, versus el pollito desvalido. No le iban a dar la espalda a él que tenía menos herramientas que yo, que era un camión de mujer”.

La desesperación de los padres iba por el desmoronamiento de la familia de la caja de cereal. Sus hijos no se hablaban, la hermana odiaba al hermano, todo se iba a la mierda. A Esteban nunca lo llevaron al sicólogo, ni lo encararon por lo que hizo. Sólo una vez lo obligaron a pedirle perdón a Rocío para tratar de salvar el barco que se hundía como el Titanic después de chocar con un gran iceberg. Las disculpas, Rocío no las aceptó y decidió no aceptarlas jamás.

Así pasó lo inevitable. Rocío rara vez se sentaba a la mesa a cenar en familia, y cuando lo hacía movida por la necesidad de sentir el calor de hogar, salía destrozada y desgastada porque entre ella y su hermano no se pasaban ni la sal. Optó por centrarse en sus estudios para salir más temprano que tarde de esa casa donde nadie le tendió una mano por lo que sucedió.

“Ése ha sido el dolor de mi vida. El tema de los abusos propiamente tal me afectó ene, pero nunca tanto como la reacción de mis papás y el hecho de

haberme sentido totalmente desprotegida, de sentir que aperré sola. Porque estoy aquí rodeada de gente, pero estoy sola. Para ellos esto no pasó”.

## **El perdón**

Rocío ha estado años en tratamiento y ha aprendido a llevarlo por sí misma, a hacerse cargo de su mochila sola. Su relación con Esteban está mejorando. Pasaron seis años y hace un par de meses que volvieron a conversar y que Rocío decidió bajar las murallas.

“Me di cuenta de que en realidad estaba cagada de susto. Siempre estaba de alguna manera haciéndolo sentir mal, diciéndole que era una mierda de persona. Me di cuenta de que ya tengo 24 años y que esto no va a volver a pasar, mi hermano no me va a volver a poner un dedo encima. Entonces ya no necesito estar marcando la diferencia entre él y yo, o defender tan drásticamente mi límite, diciéndole que se ponga en su lugar de abusador, y tratarlo pésimo. Pero eso no significa que lo haya perdonado”.

Rocío está trabajando por superar la posición que tomaron sus padres ante los abusos y espera sanarse antes de irse de casa, para poder mantener a la distancia una sana relación familiar.

Recuerda muy bien lo que le dijo un machi cuando lo visitó en otro de sus intentos de alivio. Él le contó que veía en ella una historia de dos niños que

cazaban animales por diversión, que luego eran llevados a la cárcel por hacerlo, sin entender el porqué. A Rocío le quedó que no podía juzgar a sus padres por reaccionar como lo hicieron, porque no conocían la forma correcta de hacer las cosas.

“No puedo estar enojada toda mi vida con mis papás, porque a ellos nadie les dijo cómo tenían que hacerlo. Esto les llegó no más. De cierta forma entiendo el proceso inconsciente de mis papás, porque tienen dos opciones: o destruyen toda la historia, lo que han construido, o siguen adelante con lo que construyeron. Si aceptan que no estuvieron ahí, que no me protegieron, se convierten en malos padres, por tanto prefieren elegir que no pasó”.

Así continúa el proceso de curación de heridas de Rocío, quien ha ido, a través de los años, marcando con piedras el camino para sobreponerse a la rabia, y alcanzar el tan anhelado perdón.

## Una mala costumbre

A Amparo le da muy seguido por escaparse. Le gusta viajar. Hace poco llegó de un viaje por Sudamérica en el que se encontró con su pareja más reciente, Ismael, un uruguayo que conoció en otras rutas en noviembre del 2013. En todos estos meses sólo estuvieron juntos dos. La última vez que lo vio fue cuando emprendió rumbo a su país natal para conocer a su familia, en un intento de oficializar la relación antes de que él se viniera a vivir con ella a Chile. Pero todo terminó mal.

“Estoy cansado de ti”, fue la última frase que salió de la boca de Ismael cuando la echó de su casa en Trinidad, para dejarla en la calle en una ciudad que Amparo no conocía, luego de que una pelea mal cuidada terminara a gritos con todos los proyectos que tenían y dejara a su pololo dándole golpes al auto.

“Cuando estás acostumbrada al maltrato, hay cosas que no ves. Para mí, nada de lo que él hizo estuvo mal. Todo era producto de lo que yo había hecho. Esta pelea era un chiste, lo veo como parte de la vida. No es nada al lado de que te arrastren por la alfombra o que te dejen un moretón”.

Amparo viene de una familia donde la violencia es pan de cada día, por eso en parte se fue de casa muy joven y vive sola en un departamento en el centro de

Santiago. Su hermano fue siempre muy agresivo porque sus padres les pegaban por cualquier cosa. Tenían la costumbre de golpear la mesa y gritar.

Su papá siempre fue el más violento. Vivieron juntos hasta los 8 años de Amparo, aunque esa no fue la peor época. Él trabajaba mucho y tenía la orden de que los niños estuvieran acostados cuando él llegara a casa, por lo que prácticamente no se veían. Además, tenía amantes que copaban el tiempo que le quedaba libre después del horario laboral.

Su hermano dos veces trató de agredir físicamente a su mamá. En la primera pelea, la mujer trató de defenderse tirando un pomelo que su hijo con mucha suerte pudo sortear. Él mide un metro noventa y ella difícilmente podía contra eso, por lo tanto cualquier cosa que tuviera a la mano le servía de arma: una escoba, un bastón... un pomelo. El hermano estaba furioso, se acercó a ella y le dobló las muñecas. Amparo, con 16 años, trató de separarlos, parando a su hermano. Era la única que podía.

La segunda vez fue el 2012. Se venían *toreando* hace rato.

-Pendeja de mierda, te voy a sacar la cresta

-Pégame po, *huevón*, me tienes acá al frente.

Nuevamente Amparo trató de separarlos con ayuda de su tía.

La mamá de Amparo también sufrió mucho maltrato. Desde el cinturón hasta los combos de su papá que la hacían sangrar. El castigo materno usual consistía en tirarla a la ducha con agua fría. Acto seguido, la secaba, algo que en sicología recibe el nombre de doble vínculo.

Cuando Amparo tenía once años, su papá le dislocó el hombro de un tirón por quitarle el teléfono cuando hablaba con su mamá pidiéndole que la fuera a buscar un Día del Padre porque lo estaba pasando mal. Él estaba muy enojado, la empapeló en gritos, le quitó el teléfono de las manos y lo tiró al suelo, rompiéndolo. Su mamá empezó desesperadamente a llamar. Él contestaba.

*-Maraca culiá, para de hueviar.*

Una vez que Amparo logró volver a su casa le dijo a su mamá que no daba más de dolor. La llevaron enseguida a la clínica, donde les dijeron que su hombro estaba dislocado. “Ahí lo demandé por maltrato familiar y me empezó a amenazar con la plata. Lo dejé de ver durante seis meses”.

Así, Amparo fue surcando el sendero que después y por años le tocó caminar: “Llega un momento en el que te acostumbras y puedes tolerar niveles inimaginables de violencia”.

**Cuando te mancharon de mierda...**

Mamá y papá cultivaron juntos una familia infeliz. Ella quiso divorciarse cuando su hijo tenía un año, pero estiró el elástico hasta los diez. Once nefastos años de matrimonio manchados de malos recuerdos.

Cada uno de los padres tenía una infausta historia a sus espaldas. La madre venía de una familia donde la violencia era normal. Los abuelos de Amparo eran castigadores agresivos y fueron traspasando eso a sus hijos. A su tía alguna vez le dejaron de adorno la marca de la hebilla del cinturón en la mejilla y su tío, en una zurra, se cagó y se orinó encima.

Por otra parte, al papá de Amparo un amigo de la familia lo violó, marcando a fuego en él una patología que lo llevó a intercambiar favores sexuales por pornografía a temprana edad, dejándose abusar por conseguir uno que otro video. En su casa había un arsenal de porno que no trataba de disimular.

“Todo el mundo sabía que él era un enfermo. Yo tenía una amiga del colegio, la Cata. Una vez conocí a sus tíos y ellos por el apellido llegaron a preguntar si yo era hija de él. Lo conocían. Cuando mi amiga les dijo que sí, le preguntaron que cómo estábamos sus hijos porque siempre imaginaron que no podíamos crecer sanos con alguien así”. Ellos habían sido invitados en ocasiones a hacer maratones de porno por el papá de Amparo.

Además, era misógino. Amparo, recuerda que veía la serie, famosa en los ochenta, She-Ra en televisión, y cada vez que mostraban a la protagonista pegándole a un hombre, se ponía a golpear todo a su paso.

A su esposa le quebró la nariz y le pegó varias veces y Amparo sospecha que pudo haber abusado sexualmente de ella, cuestión que nunca se ha atrevido a preguntarle por miedo a la respuesta.

Toda la violencia que sufrieron sus padres en su pasado, que los llevaron a enfermarse, fue proyectándose en sus hijos, trayéndoles no sólo malos ratos, sino que también conductas que los marcaron de ahí en adelante, a lo que Amparo atribuye todo lo que le ha tocado vivir. “Cuando te mancharon de mierda, no puedes evitar ir manchando todo el mundo de mierda”.

### **Los abusos**

La primera vez que abusaron sexualmente de Amparo fue su hermano, cuando ella tenía siete y él nueve años. Tomás entró a su pieza y le contó que estaba pololeando.

-Tienes que practicar conmigo.

Amparo, sin entender nada, le preguntó que qué era lo que tenían que practicar. Él le dijo que tenía que darle un beso. Y se lo dio.

-Tiene que ser en la boca y con lengua.

Ella sólo recuerda la sensación de la lengua de su hermano en su boca, como si hubiera sido ayer.

Tomás se lanzó sobre ella y la empezó a puntear sobre el camisón de dormir. Amparo sentía el miembro de su hermano, pero no podía entenderlo. No recuerda nada más que la sensación de querer que sus padres entraran a la pieza. No gritó, no avisó, no dijo nada. Nunca lo habló con nadie hasta muchos años después, cuando fue al sicólogo por otro abuso y llegaron a la conclusión de que la primera vez había sido a los siete.

Tiempo después, Amparo estaba en la ducha con Tomás. Él había descubierto hace poco que el pene se le paraba y se lo mostró, diciéndole que su mamá no podía saber. Esta vez gritó. Llegó su madre, lo tiró de la tina hacia afuera y se fue gritando que nunca más se bañaban juntos. Así fue. Esa fue la última vez.

Pasaron los años y Amparo pensó en conversar con su hermano de lo que había pasado, pero nunca encontró el momento. Finalmente, como todo siempre sale de alguna forma y a veces en las situaciones más inoportunas, en una pelea Amparo terminó gritándoselo delante de su mamá, su padrastro y el mejor amigo de Tomás.

-Y a ti huevón que no se te olvide que abusaste de mí, que yo no me olvido.

Fue hace dos años solamente, algo así como catorce años después.

“Con el tiempo uno empieza a buscar la forma de cómo perdonar... Yo pienso que mi papá siempre fue súper enfermo y mi hermano tuvo demasiado acceso a cosas. Era un pendejo sobreerotizado que no tuvo control”.

Después de esa pelea, Amparo y Tomás no se han visto. Ella nunca va a perdonarle a su mamá que no los haya sentado para saber qué fue lo que pasó, que prefiriera echar tierra encima como cada vez.

Cuando Amparo tenía 14 años, una muy buena amiga suya se suicidó. Cayó en una profunda depresión por la que no la dejaban sola un segundo, por miedo a que siguiera a su amiga en la decisión. Amparo no podía dormir sola. A veces con su mamá, a veces con su papá. Depende de dónde estuviera. Entre los dos le manejaban los medicamentos, encargándose de que su estado depresivo estuviera bajo control.

Uno de los fines de semanas que le tocó dormir en la casa de su papá, Amparo se despertó de sorpresa en medio de la noche: “Tenía su mano en mi raja... Pero filo. Pensé que no era nada tan terrible, porque está acostumbrado a dormir con su pareja y obvio, estaba durmiendo”.

Al tiempo volvió a pasar, pero esta vez su papá le tocaba la pechuga. Ahí fue cuando Amparo empezó a dudar. Nuevamente se durmió y lo dejó pasar, pese a que no pintara para bien.

Ya la última vez, la mano de su papá le toqueteaba la vagina, debajo del pijama. Se movía de las pechugas a la vagina, de la vagina a las pechugas. Se levantó y empezó a gritar con la intención de que escucharan los vecinos, pero el señor fingió que dormía. Amparo asustada y exaltada se fue a la pieza de su hermano, que esa noche no estaba en casa.

Al día siguiente llegó su papá a la pieza con los anti-depresivos.

-No me tomo nada, me voy.

-¿Qué pasó?

-Tienes muy claro lo que pasó así que si quieres, llamas a mi mamá y le explicas por qué me voy de tu casa.

Su mamá la esperaba en el auto. No lo echó a andar hasta que Amparo le contó lo que había pasado. Ella sentía culpa. Culpa porque sabía quién era ese señor, culpa porque aun sabiéndolo la llevaba ahí cada fin de semana o cuando se aburría de ella.

Lo peor vino después. Cuando lo encararon. Él lo negó todo y los médicos, y la mamá, y el hermano, todos, pensaron que Amparo lo inventaba para llamar la atención en su frágil momento emocional. Pasaron dos semanas en que nadie le creía. Amparo terminó en un psiquiátrico.

Esas semanas se duchó como nunca, confiando en que el agua limpiaría la suciedad que sentía. “Siempre lo ves como que hiciste algo mal tú. Pensaba que no debí dormir con él, que cómo no me di cuenta de que tenía un papá enfermo, cómo no lo vi antes”.

Desde ahí que Amparo nunca volvió a ver a su papá. Se terminó convenciendo de su patología. Un par de veces se lo topó en la calle. Pero nada más. A Tomás no lo ve hace más de un año y aunque aún la idea de hablar con él resiste en el fondo, piensa que no tiene sentido, que quizás ya no lo recuerde. Le avergüenza pensar que así sea, y que a ella le siga doliendo tantos años después.

### **Yo sólo quise un papá**

Desde que era chica, Amparo se esmeró por mantener su relación con su padre como fuera. Para toda niña, como en los monitos animados, el papá es el superhéroe. Lo es fuera de todo lo racional. Eso es lo único que explica que Amparo haya seguido viéndolo.

“Yo quería mucho tener papá. Para mí era súper importante. Lo quise inmensamente. No importaba como fuera”. Ella era su favorita. ¿Qué pasaría si ya no estaba más? ¿Quién se preocupaba por ella? Si la madre cuidaba a su hermano más que a nada.

Como todo cariño malo, era difícil de dejar. Después de todo, algo tienen que nos hace quererlos. “Pero me salió el tiro por la culata... Lo del abuso aún no lo soluciono. En realidad no sé si es algo que una supera”.

Por suerte, apareció el padrastro en el camino. La única pareja decente que le conoció a su madre, quien en un par de años lo desechó. Bernardo era un buen tipo y siempre estuvo del lado de Amparo. Ella le dice papá. Es a él a quien llama hoy cuando tiene un problema, es él el que recibió los golpes que iban para ella cuando peleó con su hermano. Entre los dos cultivaron una bonita relación, algo que Amparo siempre soñó tener y que hoy tiene y atesora con gratitud.

### **Las secuelas**

Vivir en una familia donde la violencia era habitual forjó un patrón de conducta complicado en Amparo, un modo dañino de concebir las relaciones, un umbral de tolerancia a la agresión inimaginablemente alto, una mala costumbre.

Ha tenido varias parejas. Perdió su virginidad a los 18 años, con mucha dificultad. La primera vez que un hombre la tocó no podía parar de llorar. El orgasmo es hasta hoy un imposible en cada acto sexual, producto de los abusos. Ella seguía teniendo pesadillas, casi todas las noches. Cuando dormía con su primer pololo despertaba, le pegaba combos y salía corriendo de la pieza. Por eso terminó contándole a él y a los que vinieron lo que le había pasado, para que no creyeran que estaba loca.

“Veo en los hombres un depredador. Siempre pienso que me van a hacer algo. No sé relacionarme con ellos y aguanto un nivel de daño muy grande”. El Pato, el pololo más serio que ha tenido y con el que tenía planes de matrimonio, era un hombre brutalmente agresivo y tenía una deficiencia sexual que a ella le resultaba cómoda: No se excitaba.

Las peleas eran muy fuertes. Amparo era celosa. Una vez el Pato la arrastró por la alfombra. Otras veces le dejó moretones. “Nunca fui capaz de terminar con él porque era como tener familia, un proyecto que no podía mandar a la mierda”. A su mamá la veía una vez a las mil, su padre biológico desapareció del mapa, su hermano también. Con él tenía la estabilidad que tanto quería: “Había un papá, una mamá, alguien que se preocupaba por mí, que si me mandaba una cagada no me dejaba de hablar”. Así ha sido con todos los ex.

Amparo quiere ser madre en un futuro, pero tiene muchos miedos asociados. “Es un tema. Porque cómo mierda los voy a tocar sin pensar que los estoy abusando, cómo los limpio sin que eso sea malentendido hasta por mí. Es fuerte, pero yo nunca dejaría a mis hijos con el papá”.

Un padre y un hermano abusadores y agresivos, una madre que desaparece, parejas violentas. Amparo no sabe concebir las relaciones de otra manera, más que como esencialmente tormentosas. Se acostumbró a los malos tratos, a los golpes y al constante abandono. Al papá no lo ve hace más de diez años, al hermano hace casi dos, a la mamá aún no le perdona que no le haya creído, su pareja más reciente la dejó a su suerte en una ciudad desconocida antes de concretar el proyecto de vivir juntos. Y a ella sólo le queda culpa: “Al final, siempre te quedas con que lo que te pasa es lo que te buscaste”.

# DICTADURA

## De las imprescindibles

Los viajes en tren entre Santiago y Temuco son parte de la foto de infancia que atesora Alejandra Holzapfel. Su padre fue diputado del partido radical durante cinco periodos por la provincia de Cautín, por lo que tuvo que moverse siempre de aquí a allá, acompañándolo. Almorzaba escuchando a Hernández Parker en la radio todos los días y su papá iba inculcándole la política poco a poco con sus comentarios.

Se crió en una familia tradicional, con todas las normas que eso implica: virginidad hasta el matrimonio, novia de blanco, etc. Alejandra nunca se la tragó: “Nosotras fuimos las mujeres rebeldes que empezamos a pensar que había que hacer otras cosas, que había que incorporarse a la lucha”.

Su primera etapa escolar la cursó en el Dunalastair, colegio inglés en el que no tuvo mucho éxito como estudiante. No le gustaba el ambiente, ni menos que le dijeran cómo tenía que ser, y cómo había que sentarse y caminar para ser una “señorita”. En octavo básico, debido al mal comportamiento y los promedios rojos, los padres decidieron darle un maravilloso castigo: Se va al Liceo 1, colegio fiscal.

Pasó de no poder decir garabatos al *huevo* para arriba y *huevo* para abajo. A la semana ya era de las más brillantes de la clase y coleccionaba los 7.0 a

fin de año con la cara llena de risa. Le costó un semestre meterse en el Centro de Alumnos como tesorera. Este hermoso periodo que la llenó de energía resurgiría en un futuro en uno de los recuerdos más bonitos de su etapa como presa política durante la dictadura chilena.

Alejandra soñaba con ser veterinaria, así que cuando salió del colegio entró a estudiar Medicina Veterinaria en la Universidad de Chile, en Campus Sur, hoy conocido como Antumapu, sede que por esos años era muy activa políticamente, teniendo entre sus alumnos a muchos integrantes del Frente Nacionalista Patria y Libertad, del Grupo Político Militar (GPM5), y del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), entre otros.

En ese entonces compatibilizaba la carrera con el atletismo y la política, primero como simpatizante del Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER) y luego del MIR, para pasar, con el tiempo, a militar en este último. “Para ser militante había que tener la capacidad de acuartelarse, de ir a defender un lugar, por si venía el golpe. Eso significaba romper con la familia”.

No paraba. Entrenaba varias veces a la semana, estudiaba para las pruebas, hacía rayados, pegaba afiches, descargaba camiones y trenes, repartía las revistas El Rebelde con el partido y además tenía tiempo para pololear con un hombre del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), con el que

planearon un lindo futuro que nunca llegó a puerto. Los fines de semana partía a Melipilla a trabajar con los campesinos, donde aprendió mucho más que en la misma escuela.

La vida se puso más dura luego del Tanquetazo del 29 de junio de 1973. El aviso era claro, así que Alejandra y su grupo fueron a acuartelarse al hospital Barros Luco hasta que vino el golpe. Iba a estudiar con el saco de dormir al hombro, para después pasarse a San Miguel a dormir y trabajar.

### **El Barros Luco**

El 11 de septiembre de 1973, Alejandra se despertó en casa de sus padres, un departamento en el centro, a media cuadra de La Moneda. En cuanto se percató de los tanques agarró la camioneta y voló a la escuela para juntar a sus compañeros. Ya a las ocho de la mañana de ese día se encontraban acuartelados en el hospital Barros Luco, enfermeros, médicos y estudiantes de todas las carreras relacionadas con la salud.

Las primeras 72 horas Alejandra las pasó ahí. Viendo pasar por la puerta a decenas de heridos y baleados, asistiéndolos, mientras los helicópteros disparaban en el cielo, en una imagen sacada de una película de acción.

Desde ese 11 de septiembre, todo era silencio en la universidad. Ya no eran los mismos. “Siempre habían dinos (gente de la DINA) dando vueltas entre

los estudiantes, entonces la actitud cambió. Nadie se atrevía a tocar un tema”. Pero Alejandra no se asustaba. No tenía miedo. Su mística y su convicción la ayudaron a seguir adelante con lo que creía.

Cuando estaba en la parte de maternidad del Barros Luco, ayudando a cocinar y repartir los almuerzos, y atendiendo a las mujeres cuando la familia no podía estar por el toque de queda, el hospital fue invadido por la Fuerza Aérea. Hicieron un barrido por los pasillos, deteniendo a quien se cruzara, mientras Alejandra y María Inés, su compañera, ideaban una estrategia para evitar su inminente detención.

La idea parecía imposible, pero funcionó. Le rogaron a un par de madres que les prestaran a sus guaguas recién nacidas, dándoles instrucciones para decir, en caso de ser consultadas, que sus hijos habían muerto durante el parto. Una vez que las mujeres accedieron, ambas se vistieron con batas y se metieron a las camas simulando tener a sus bebés en brazos.

-Permiso, mamitas. Nosotros no queremos nada con ustedes, andamos buscando a los extremistas. ¿Han visto alguno?

Los militares gritaban, mientras rompían los colchones buscando armas.

-A ustedes no les va a pasar nada. Se levantan con sus guagüitas y se van a la capilla mientras buscamos a estos peligrosos.

Así se levantaron María Inés, Alejandra, y todas las pacientes de maternidad. “Nos llevaron a la iglesia del Barros Luco y pasamos por debajo de una fila de bayonetas levantadas. Toda la calle llena de milicos con sus fusiles y nosotras ahí. Nos tuvieron como cinco horas. La guagua lloraba, yo no sabía ni tomarla. Y su mamá al lado. Me encantaría encontrarlas alguna vez, para agradecerles por su valentía de prestarnos sus bebés. Nos salvaron la vida en ese minuto”.

Cuando los militares abandonaron el hospital, habiendo tomado presa a mucha gente, Alejandra y su compañera se despidieron de un fuerte abrazo con sus cómplices en la puerta de la iglesia. Quedaba una hora para el toque de queda y tenían que lograr llegar a una casa de seguridad antes de eso.

### **El desayuno que no llegó**

Fernando y Patricia Peña Solari eran vecinos de Alejandra, además de compañeros de partido. Hoy figuran en las listas de desaparecidos durante la dictadura. El 9 de diciembre de 1974 Fernando fue detenido en la calle. Al día siguiente allanaron su departamento en Valentín Letelier, y su hermana cayó en manos de agentes de la DINA. Todo parecía indicar que andaban tras los pasos del MIR.

La noche del 11 de diciembre del mismo año, a eso de las diez, Beatriz Bataszew, amiga y compañera de militancia de Alejandra, llegó hasta su casa:

-Estoy súper jodida. No tengo dónde dormir. La repre anda por todos lados.  
¿Me puedo quedar acá hoy?

Beatriz le contó que muchas casas de seguridad habían sido descubiertas y otras estaban bajo vigilancia.

-Obvio que sí, ¡no vas a dormir en la calle!

Alejandra, sabía que ya no quedaban lugares para estar. Tanto su casa como la de Beatriz eran inseguras, todo dependía de quién hablara en las próximas horas.

A las 03:40 de la madrugada se despertaron de un salto por los insistentes y violentos golpes en la puerta del departamento. Eran Fernando Laureani Maturana, Basclay Zapata y Miguel Krassnoff Martchenko, totalmente armados. Venían preguntando por Lucinda Holzapfel, por lo que la madre de Alejandra, que les abrió la puerta, trató de convencerlos de que estaban equivocados.

Mientras eso pasaba, Alejandra le decía a Beatriz que tenían que salir y dar la cara, porque era su responsabilidad. Cuando decidieron asomarse al living, las

desagradables visitas estaban cruzando el umbral de la puerta para irse, convencidos de su error. Uno de ellos alcanzó a darse vuelta.

-“¡Ella es la que buscamos!” , apuntaron a Alejandra.

Trataron de hacerles creer que estaban estudiando para una prueba de un ramo que tenían en común. Beatriz estudiaba Ingeniería Forestal, y no compartía realmente ninguna asignatura con Alejandra.

-A ver, vamos a llamar a la mamá de esta rucia suelta para ver si es verdad.

Beatriz les dio el número de su mamá, y ellos llamaron, presentándose como Investigaciones de Chile, preguntando por ella. Como en un acto de magia su madre contestó que estaba preparando un examen en la casa de una compañera, lo que hizo que esa noche sólo se llevaran a Alejandra.

-No se preocupe, señora. Se la traemos a tomar desayunito.

Esa fue la falsa promesa que escuchó su mamá, antes de dejar de ver a su hija durante tres meses.

### **Un tal Lucas**

El auto estaba esperando afuera de su edificio en Valentín Letelier, para llevarla a Villa Grimaldi, su primera parada como torturada política. Con los

ojos vendados llegó al famoso Cuartel Terranova a eso de las seis de la mañana.

La desnudaron por completo y le trajinaron todos los rincones del cuerpo en búsqueda de un microfilm o algo por el estilo. Le metieron la mano por el ano, por la vagina, por las orejas, por la boca, por la nariz.

“Los tipos eran unos degenerados, estaban preparados para degradarte. Sobre todo a nosotras que habíamos roto la tradición de la mujer señorita, que está en la casa, y estábamos con ideales, construyendo una sociedad más justa. Todas éramos unas putas y perras *culiás*. Nos sacaban a la pieza de tortura a cada rato, sin preguntar nada. Era sólo por desmoralizarte, tratarte pésimo como mujer. Ni siquiera habían preguntas militantes”, cuenta Alejandra.

Cuando la sacaron y la llevaron a otra habitación, le aplicaron corriente por primera vez.

-Tú que eres veterinaria... ¿cómo culea este animal?

No había respuesta.

-¿Tú eres el Lucas?

-No.

Por cada “no” venían los correntazos en la parrilla y los manotazos. Alejandra sabía que ella no era el Lucas, y mantendría en secreto la identidad de ese miembro del Comité Central hasta el final.

-¿Quién es el Lucas?

-No sé.

Iban los choques eléctricos. Entre medio seguía la obsesión con las preguntas de animales, hasta que volvían al Lucas. Así fueron los cinco días en la Villa. Además de la corriente, los golpes y la degradación, el Guatón Romo la violó varias veces en las sesiones de tortura.

En su estadía en el Cuartel Terranova se llevó una gran y desilusionante sorpresa sobre su detención. El tal Lucas al que tanto defendió, que era Humberto Menanteaux, ya estaba preso ahí, y estaba colaborando con los agentes, entregando gente y puntos, entre ellos la casa de la madre de Alejandra.

“El día 15 de diciembre me llevaron bajo el parrón en Villa Grimaldi, y me encararon con él. Me dijo ‘Conejita, no vale la pena que no entregues información. Entrega todo lo que tengas. De mil habemos 999 presos, y por una persona no vale la pena que te torturen y te violen’. Ese fue el balde de

agua fría. Era una persona que yo admiraba, que había sido mi primer profesor de educación política. Fue un golpe bajo”.

Alejandra respondió con convicción ante las palabras de Menanteaux:

-No, aunque quede uno, volveremos a formar con ése otros mil, pero debemos cuidarlo.

Los agentes que estaban presentes en la conversación la golpearon hasta que perdió el conocimiento.

Menanteaux fue el mismo que tiempo después hizo una conferencia de prensa televisada desde la Villa junto a otros compañeros, llamando a detener la lucha armada en el MIR. Gracias a eso consiguieron su libertad en 1975, momento en el que trataron de reponer sus relaciones con el partido, entregando toda la información que tenían. Cuando los agentes de la DINA se enteraron, lo ejecutaron. Alejandra jamás le perdonó la vuelta de chaqueta y decidió que nunca más pondría a alguien en un pedestal.

En la Villa salían a trotar todas las mañanas en grupo. Como lo hacían vendados, era normal que alguno se cayera. Cuando eso pasaba, los que seguían en la fila se tropezaban con él y terminaban cayéndose todos, formando un montoncito de presos. Es uno de los casi nulos recuerdos de esos

cinco días que le dibujan a Alejandra una sonrisa en la cara. Después llegaba un hombre del Cuartel con un jarro metálico de café.

-¿Quieren café?

-Sí

-Toma

Los presos estiraban la mano para tomarlo pero estaba tan caliente que no podían.

-Ah, entonces no quiere café.

Se quedaban atrapados en la estela aromática del brebaje, sin poder probar un sorbo.

Alejandra recuerda lo difícil que era el contacto en el encierro. Recuerda que se miraba con sus compañeras por debajo de la venda, y a veces incluso veían por la ventana hacia el patio. Por esos días, el poder mirar era una brisa de libertad entre el ahogo y el dolor de la represión y la tortura.

### **Pero los dinosaurios van a desaparecer**

Tras los cinco eternos días en Villa Grimaldi, Alejandra llegó a la Venda Sexy, una casa de tortura de la DINA especializada en violencia sexual,

ubicada en la calle Irán, en la comuna de Macul. “La Villa no tenía que ver con mi historia, pero en la Venda claramente estábamos todos los que militábamos en la Universidad de Chile. En esa época la represión fue ahí, para todos los estudiantes de la Chile y del GPM5”.

Alejandra siempre ha dicho que la Venda Sexy era un lugar más refinado. Menos cochino, con mejor olor, música de la Radio Concierto y no las canciones trágicas y cumbias del tipo “Ese muerto no lo cargo yo” que ponían en Villa Grimaldi. La música a todo volumen, sintonizada todo el día para esconder los gritos de los torturados, hizo que la Venda también se hiciera conocida como La Discotheque.

Había una escalera que parecía de mármol, los agentes usaban blue jeans y zapatos de gamuza, y siempre olían a colonia Flaño, no como Romo y compañía, a quienes los prisioneros recuerdan como hediondos y desaseados.

Los métodos de tortura también estaban a otro nivel. A penas llegó a la Venda Sexy se reencontró con Beatriz. La habían tomado detenida un par de días después y ahora los agentes estaban furiosos por la mentira de ambas. Por eso les tenían preparado un castigo especial. Fueron llevadas al subterráneo, donde esperaba Ingrid Olderock para hacer su parte.

En el subsuelo, Ingrid estaba acompañada de un perro pastor alemán, llamado Volodia, quien estaba entrenado por la misma Olderock para violar. Ese fue el castigo para Alejandra y Beatriz. Ser violadas por un canino, preparado por otra mujer, para ultrajarlas. Ella le daba las órdenes al animal, mientras el resto de los torturadores mandaban a la víctima a ponerse en las posiciones adecuadas para la penetración.

Eso sin contar los golpes de corriente con llaves en los pechos, las orejas, la vagina. O las violaciones constantes de quien muchas de las mujeres, incluida Holzapfel, han reconocido como Raúl Iturriaga Neumann, el jefe de la casa.

“Él no nos interrogaba normalmente. Más eran los *ratis*, que nos sacaban información con corriente y golpes. Él ponía una banqueta, nos sentaba y nos violaba. A la Bea le pasaba el pene por la cara, por todo el cuerpo”.

Cuando eran interrogadas podían ver las torturas de otros. Y así se la llevaban por las escaleras, de arriba abajo, al subterráneo con Volodia, a la pieza con Iturriaga u otro violador, de vuelta a la habitación con el resto de las presas, etc.

Con los días se fueron dando cuenta de que las mujeres eran menos violadas cuando estaban menstruando: “Si está con la regla, no la toco”, decían. Así fueron organizándose y resistiendo. Cada vez que una tenía una herida,

cortaban pañitos o pedazos de camisa, los manchaban de sangre y los dejaban en el baño para que cuando subieran a la tortura parecieran estar en su periodo.

-¡Otra vez andan todas las huevonas con la regla!

Esa fue una de las formas de lucha que tuvieron adentro, en las condiciones más adversas, la gran cantidad de mujeres que había en la Venda Sexy. Entre todos los compañeros se dio una convivencia solidaria. “Nos reconocíamos, nos tomábamos las manos. Cuando llegabas de la tortura iba todo el grupo al lado tuyo, te hacía cariño, te trataba de reanimar. Es una de las partes bellas. Nunca nadie te dejó botada”.

Después de las sesiones de corriente, los presos morían de sed. Los compañeros siempre estaban para aconsejarles que no debían tomar agua, porque eso lo hacía peor.

-Tranquila, tienes que esperar, no pidas agua aunque te sientas pésimo.

Así se animaban y se organizaban. Nunca se callaron. Una vez les dieron a comer lentejas con caca. Laura Ramsay se dio cuenta y empezó a gritar.

-¡Nos están dando lentejas con mierda, pero vamos a comerlas y vamos a decir que están ricas! ¡No nos van a destruir estos canallas!

Ramsay se comió todo el plato. En esos 15 días en la Venda, Holzapfel recuerda haber comido sólo dos veces. La segunda imagen que tiene, es la de un caldo de huesos de pollo, que hacía presumir que eran los restos de un festín que se habían dado los agentes hasta chupar la osamenta del animal, para luego echarlos en agua y dárselos a ellos.

Pero la cabeza de Alejandra estaba lejos de la comida. Estaba en la desesperación de su mamá afuera, buscándola. Ella sabía que militaba, pero era evidente que no estaba dentro de sus planes que su hija fuera secuestrada por la DINA. En ella pensaba mucho, en la culpa que sentía por causarle ese sufrimiento por decisiones que eran sólo suyas.

El no dar información fue su norte, su obsesión. No quería entregar gente, necesitaba olvidarse de todo lo que sabía. “Nunca pensé delatar. Ese fue mi mayor orgullo por años. Ahora me parece que era mi obligación. Pero en ese tiempo tenía toda esta tremenda desilusión porque Menanteaux, que era el ídolo, había entregado. Y después que hablara por televisión... nunca más idealicé a nadie”.

Los encuentros que tuvo en la Venda Sexy le marcaron el alma. Esos encuentros con quienes fueron sus conocidos entrañables, a quienes vio abatidos y, a muchos de ellos, por última vez. “Recuerdo varios... con el

Peluca (Dagoberto San Martín), el Fernando y la Pati (Peña Solari), el Jorge Ortiz. Compañeros bellos. Haberlos visto en tan malas condiciones y que después quedaran desaparecidos... son momentos inolvidables. Después sales y te quedaste sin amigos, porque era la gente con la que más compartías”.

### **Los Álamos**

De la Venda Sexy la llevaron a Cuatro Álamos, donde pese a seguir secuestrada, las condiciones mejoraban: la comida era mucho más abundante, les quitaban la venda, tenían baño y duchas, y Alejandra y sus compañeras se sentían un poquito más seguras. Ahí vivió la cicatrización de sus heridas y la esperanza de seguir con vida, siempre con el miedo de ser una del grupo que era devuelto a los centros de detención.

Alejandra quedó en la habitación número cuatro. Cuando se ponía junto a la ventana podía hablarse con Beatriz, que se quedaba en la tres. A varios compañeros no los vio, pero pensó que podían estar en piezas más lejanas. Sólo al final supo que sus amigos habían desaparecido, que no los volvería a ver.

Luego de 10 días en Cuatro Álamos fue llevada a Tres Álamos, donde ya era una presa oficial: "Eso ya te daba la tranquilidad de que por lo menos ibas a tener un juicio, que nunca tuvimos”.

Alejandra iba ingresando a Tres Álamos, cruzando la cancha para entrar, cuando ve a un grupo de mujeres que trata de reconocerla a la distancia.

-¡Miren, es la Holzapfel! ¡Es del 1, vengan!

Era Nieves Ayreesy sus ex compañeras del Liceo 1. Alejandra entró por la reja y escuchó un grito conmovedor:

-¡ELECEÍ, CEÍ CEÍ, ELE CE O!

“Ahí yo decía qué pasa, estoy loca, me trastorné, qué huevada. No cachaba una. Y ahí vi a la Nieves con todas las compañeras del 1, que me abrazaban y me decían ‘bienvenida’”, recuerda Alejandra. Nieves, que siempre fue una gran líder, juntaba a las liceanas y hacía esta recepción cada vez que llegaba una de las suyas.

Ambas formaron una linda amistad dentro de Tres Álamos. Como cada una se distribuía como quería, Nieves la llevó enseguida a su pieza, que bautizó como “La Cueva Mágica”- Este lugar fue fundamental para la terapia conjunta y para la diversión dentro de la cárcel.

“Nos sentábamos en las tardes a conversar. Eran tres pisos para arriba de camas, todas con las patas colgando. El que no había pasado por la tortura habría pensado que estábamos todas locas, porque empezamos a sacar, a

contar las experiencias de cada una. Y una decía ‘uy, pero ese huevón también me violó a mí’, y empezaba una dinámica en la pieza que era muy extraña. Lo importante es poder haberlo hablado y enfrentado, porque hay mucha gente que no lo habló y está más mal que nosotras. Hacíamos hasta obras de teatro de la tortura. Nos torturábamos entre nosotras, como imitando. Era muy macabro. Hasta los guardias entraban a mirar”.

### **Vivir con las maletas hechas**

La última parada de este doloroso viaje que hizo en dictadura es quizás el recuerdo más triste de Alejandra: el exilio.

En una de las visitas que le hizo su madre a la cárcel le contó que había firmado un decreto de expulsión y había conseguido una visa para la RDA, cuestión que no se le hizo tan difícil, ya que el padre de Alejandra había abierto las relaciones con ellos mientras Chile estuvo bajo el socialismo. Decidió que Alemania sería el lugar correcto. Mientras más lejos mejor, así no le daban ganas de volver.

Cuando llegó a la RDA se encontró con un sectarismo tremendo. Ahí había fundamentalmente militantes socialistas y comunistas, quienes segregaban a los escasos miristas exiliados ahí, porque existía el rumor de que eran agentes de la CIA.

“En vez de acogernos la actitud era ‘ah, militante del MIR, ellos son los responsables del golpe, agentes de la CIA, no hay que hablarles’. Yo que venía mal, toparme con esa actitud fue muy terrible. Un día Bernardo, un compañero socialista que vivía también en Valentín Letelier, me lo contó y me dijo que por eso estaba aislada”.

Cuando supo, Alejandra decidió que quería volver a Chile. Conversó con el alemán a cargo y le dijo que por favor le consiguiera un pasaje y la llevara de vuelta a Tres Álamos:

-Después de todo lo que he vivido, sentir esta actitud sectaria... No tengo ningún interés en estar acá.

-No, compañera. La relación que tenemos nosotros con usted es de toda la confianza por su padre. Todo lo que hizo su padre por las relaciones entre Chile y la RDA es muy importante para nosotros.

Al día siguiente se reunían todos los chilenos a tomar desayuno en una especie de castillo antes de su derivación. El alemán se paró adelante y preguntó qué estaba pasando con la compañera Alejandra:

-Si alguien tiene que decir algo o explicar por qué los miristas son agentes de la CIA, que lo haga.

No se escuchó ni un susurro.

-Bueno, si no hay nadie y sólo son rumores de los que nadie se hace responsable, la compañera puede decir inmediatamente en qué ciudad quiere vivir y qué quiere hacer, y lo que ella pida se lo vamos a dar.

Ese fue el espaldarazo que la gente de la RDA le dio a Alejandra en medio de su mal momento, en el que ella decidió que quería estudiar en Leipzig y vivir en Potsdam. Le fue asignado un departamento al lado de Ángela Jeria y Michelle Bachelet, en el segundo piso de un edificio.

Pese a que el apoyo de Ángela fue muy importante, casi como el de una madre, Alejandra no podía salir de la pena profunda en la que estaba inmersa. Vivía acostada, medicada por un psiquiatra, sin ánimo. No escogía su ropa, ni los muebles de la casa. Siempre pedía que le fueran a comprar porque no tenía ganas de salir. “Esa es la parte triste de estar tan lejos, no me sentía identificada. Me vino un bajón muy potente y pasé mucho tiempo así”.

Pasó los primeros seis meses sin menstruar. La aterraba pensar que podía estar embarazada de un hombre de la DINA. Luego de las torturas parecía imposible entablar una vida sexual normal. Los primeros encuentros fueron prácticamente desafíos mentales para Alejandra. Siempre tuvieron mucho más de cerebro que de piel.

En esa línea empezó a salir con Pepe, con el que fueron muy amigos, y con el tiempo marido y mujer, y papá y mamá de dos hijos. Alejandra no quería realmente tener relaciones sexuales, pero sentía que debía hacerlo. “Yo quiero recuperar mi sexualidad, tengo que recuperar mi vida, tengo que ser capaz de tener un hijo y todos los sueños que tenía antes tengo que volver a tenerlos”, pensaba, empujándose, forzada por el orgullo más que por las ganas genuinas.

Sólo siete años después, separada de su esposo, por el año ‘82 pudo retomar su vida sexual con normalidad, con una nueva pareja.

Alejandra bordeaba los 20 años cuando fue detenida. Tenía un compañero del MAPU, del que estaba enamorada, con el que planeaba formalizar, construir un futuro. Amaba su carrera y ansiaba ser veterinaria. Tenía muchos amigos, guitarreos, juntas, una vida feliz. Pero la dictadura le empañó los sueños.

Tuvo que dejar de ver a su pololo por razones obvias, y olvidarlo todo para no arrastrar a ese grupo a la represión. Los caminos tenían que separarse y no lo volvió a ver hasta muchísimos años después.

Terminó su carrera por presiones de su mamá, con todo en contra. Nunca se atrevió a contarle. ¿Cómo decirle que un perro la violó en la Venda Sexy y que eso le había esfumado las ganas, y le hacía imposible ejercer? Le regaló el título e instaló una productora.

De sus amigos pocos le quedaron después del exterminio que se vivió en Chile en dictadura. “Esto me truncó totalmente los sueños. No se cumplieron para nada. Tengo una vida feliz, un buen trabajo, otros amigos, unos hijos y nietos preciosos, pero no era lo que yo quería construir”, cuenta con una sonrisa resignada.

Vivió 12 años en tierras extranjeras, con las maletas hechas. Siempre queriendo volver. Años después lo intentó. Por la lucha que dejó, por sus compañeros, pero Pepe le frustró el regreso porque decía que era peligroso. Ahí fue cuando terminó todo con él, y de la peor manera.

De vuelta en Chile, siguió luchando como pudo. Esta vez por la justicia. Se careó con muchos de sus torturadores, entre ellos Osvaldo Romo, que se orinó en los pantalones en la silla de la jueza durante la declaración: “Él no reconoció nada. Dijo que su tarea eran los peces grandes como Miguel. Decía ‘de estos estudiantes no me acuerdo’. Apenas caminaba, estaba muy cagado. Cuando se paró estaba todo meado. Ahí me pude descargar un poco y decirle ‘¡guatón cochino, seguís igual de indecente que siempre!’. Laureani Maturana fue súper arrastrado, pidiendo que no le destruyeran a su familia, y el Krassnoff muy prepotente”.

Hoy está enojada por la falta de justicia: “Me parece el colmo la impunidad. No puedo creer que después de 40 años sepamos los nombres de casi 1000 criminales, de los cuales están presos 57. El delito de tortura y de violencia política sexual son crímenes de lesa humanidad internacionalmente y en Chile no aparecen en el Código Penal. Hace por lo menos 25 años se debería haber legislado”.

Cuando cumplió 50 años, la invitaron a Alemania de paseo. Fue y admite haber descubierto el país que nunca conoció en el exilio. Por fin pudo mirar con los ojos limpios de tristeza y nostalgia. “Es una pena haber perdido tantos años, pero yo quería volver. Estaba convencida de que había que seguir luchando. No se me pasaba. Creo que hoy se me pasó... creo. Aunque después de todas las reuniones por la Venda, por los sobrevivientes... quizás no se me ha pasado”.

## **Mirar al Frente**

En el sur de Chile, en Valdivia, nació Patricia Herrero, a fines de los cincuenta. En medio del campo, en una familia numerosa. Pasaron algunos años y se vino a vivir a la capital. Tenía una muy buena relación con sus primos mayores, con los que posteriormente se fue a vivir a una enorme casa en el centro de Santiago, en Cumming con Agustinas. Ella aún en el colegio, sus primos en la universidad, habitaban la que la gente llamaba “la casa de los hippies”.

Patricia siempre fue muy activa políticamente. Entró a militar a las Juventudes Comunistas muy chica, donde siempre participó de diversas acciones hasta su época universitaria. En la etapa escolar fue también presidenta del Centro de Alumnos del colegio. El año 78, con la dictadura chilena establecida, entró a estudiar Enfermería y Obstetricia en la Pontificia Universidad Católica, lugar en el que vivió fuerte represión, sin embargo se mantuvo luchando fuera de las aulas y vinculándose con otras personas aventuradas en la contienda por la democracia.

“La universidad tenía una historia truculenta de estudiantes desaparecidos. Me acuerdo que no nos dejaban leer a la Mafalda. Además, nos revisaban de arriba abajo, unos guardias de azul. Era horroroso, era estar en un regimiento,

una cárcel, todo el tiempo sintiéndonos observados. La gente en general recuerda la etapa universitaria como algo muy bonito. Yo no. Lo recuerdo como algo tremendamente represivo”. Eran, sin duda, años oscuros. De mucho miedo y de muerte regada en las calles.

Patricia salió de la universidad el '83, en un panorama socialmente alborotado y particularmente difícil en lo profesional. Formó junto a otras personas la Agrupación de Profesionales Jóvenes, en la que pelearon en pos de la democracia y se sumaron a diversas causas.

En esos tiempos existía mucha cesantía. El régimen imperante creó ante la crisis económica el Programa de Empleo Mínimo (PEM), para el trabajo de los no profesionales, y el Programa Ocupacional de Jefes de Hogar (POJH), para los profesionales. Estos programas concentraron gran parte de la fuerza laboral. La mayoría de la gente del área de la salud, salvo los médicos, se emplearon en otras cosas: negocios, visitantes médicos, etc.

Patricia, por su lado, entró a trabajar al Hospital Clínico de la Universidad Católica durante un año, y salió de ahí con el objetivo de formar una clínica junto a un traumatólogo amigo, que planeaba hacer un gran proyecto. Así nació la Clínica Chiloé, ubicada en la calle del mismo nombre, en la comuna

de Santiago. Este centro médico se haría muy conocido después por determinados casos referentes a la Vicaría de la Solidaridad.

### **La salud como fusil**

El espacio dedicado a la salud que abrió Patricia y su amigo doctor, entre otros, comenzó a funcionar en 1983. Desde el inicio se asoció a la Vicaría de la Solidaridad, organismo perteneciente a la Iglesia Católica que prestó asesoría a las víctimas de la dictadura de Pinochet.

Así, la Clínica Chiloé se comprometió con la lucha contra el régimen desde su vereda, y empezó a atender a la gente que le enviaban de la Vicaría, mayoritariamente pacientes con heridas de balines de goma o balas, y que no podían atenderse en otros hospitales por miedo a una inminente detención.

“Ahí uno se empieza a meter mucho más en esto de vincularse con la gente, específicamente porque nosotros visualizábamos una represión horrorosa, más allá de lo que aparece en los medios de comunicación, que estaban muy censurados. En salud siempre está eso de que uno logra mantener una ligazón con el paciente, en el sentido de que te cuenta cosas. Entonces, uno maneja mucha información que no sabe dónde vaciar”.

Ya en el '83 comenzaban a sonar las acciones del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR). Patricia recuerda una vez en 1984 que este grupo

revolucionario realizó una acción en la que cayó herido un frentista. “Él se paseó por todo Santiago buscando atención y no la encontró, y a medida que pasaba, iba dejando rastros e iba muriendo gente”.

Entre esa “gente” a la que alude la enfermera de la Clínica Chiloé, está Patricio Sobarzo, el secretario regional del Comité de defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU), que gestiona la atención para el rodriguista herido en ese entonces, y que luego es ejecutado, cuestión que fue tildada de enfrentamiento en la versión oficial. Así pasó con muchos otros, lo que dejaba al descubierto la necesidad imperiosa de formar un equipo de salud clandestino especialmente dedicado a atender estos casos, para no asociar a los empleados del sector público y que terminaran a la misma suerte de Sobarzo y su acompañante en la misión de encontrar atención médica para aquel frentista.

“En ese paseo, este chico llegó a la clínica a hablar conmigo. Yo, fresca y patudamente, la presté para atenderlos”. De ahí que posteriormente contactaran a Patricia para que fuera la cabeza de este grupo médico que se encargaría de velar por la salud del FPMR. “Llegaron a mí porque en la lucha en clandestinidad todos se conocen. Somos pocos. Hay mucha gente que simpatiza y que apoya, pero los que están donde las papas queman son pocos,

porque eso da susto. Sobre todo porque puedes perder no sólo tu vinculación familiar y tu profesión, sino que tu vida”.

Patricia pasó a ser frentista, limitándose a lo que ella mejor sabía hacer: prestar atención médica. En 1985 se fue a estudiar un año a Cuba anestesiología y cirugía menor para estar preparada para lo que venía. Volvió a mediados del '86 y empezó a participar como la jefa del aparato sanitario del FPMR, con lugar en la calle Piacenza n° 1218, Las Condes.

“En ese año se produjo mucha muerte, cayó mucha gente. Entre tanto aparece el atentado a Pinochet, y me toca atender a la comitiva. Los atendía en el auto, los evaluaba, y si no tenían nada, los mandaba para la casa. La mayoría no tenía nada. Al único que tenía una herida a bala compleja, lo atendimos en la ‘clínica’ y lo operamos”.

El hombre del que habla Patricia es Mauricio Arenas, quien resultó herido en el atentado con una esquirla en la tibia derecha, y a quien evaluó fugazmente en la Hostería Providencia, luego de ser recogido por el doctor Manuel Ubilla en la esquina de Carlos Antúnez con Providencia, y antes de trasladarlo a Piacenza para la cirugía<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Operación Siglo XX, pp 196.

Otro de los rodriguistas a los que atendió en la clínica clandestina fue Juan Moreno Ávila, “Sacha”, quien presentó rasmillones y un cuadro nervioso posterior a la Operación Siglo XX o Patria Nueva, como se le llamó en el Frente al atentado contra Pinochet el 7 de septiembre de 1986, camino al Cajón del Maipo, en el que murió buena parte de los escoltas del tirano.

En circunstancias como esas funcionó el aparato sanitario del Frente, en el que participó con gran responsabilidad Patricia, y que permanecería en funciones hasta diciembre de ese mismo año.

### **Los 17 insufribles**

Esa noche se empezó a sentir mal. Iba a haber una acción al día siguiente y había quedado de vincularse con una persona. Patricia estaba en el punto, pero nadie llegó a encontrarla. Se fue a casa con un gran pesar, una angustia que no se explicaba. Llegó a su hogar en La Reina, donde vivía sola, y pensó en llamar por teléfono a la clínica para avisar a qué hora llegaría a trabajar al día siguiente. No sabe por qué prefirió no llamar. Se durmió. En realidad, esa noche no pegó un ojo, no conseguía conciliar el sueño. El pesar en el cuerpo continuaba y la angustia estaba ahí, en el pecho.

Al día siguiente se levantó, se puso un buzo de gimnasio y echó ropa en un bolso para cambiársela cuando llegara a Las Condes. Se fue a pie. Pasó a

comprar pan y siguió. No había nadie en la calle. “Era día domingo, como a las diez de la mañana. Siempre hay uno que otro vehículo. Ese día no vi ninguno, pero no pesqué”.

Cuando iba doblando en la esquina de Piacenza se encuentra con Pillín, el perro de la clínica clandestina del FPMR. Era un quiltro simpático. Cogió entre sus dientes el pantalón de Patricia y se lo enrolló a la pierna, tirándola hacia atrás. La tiraba y la tiraba, sin dejarla caminar. Ella remeció la pierna y se deshizo del Pillín. “No me hanches”, le dijo.

Estaba a menos de media cuadra de la casa cuando sintió un peso sobre ella, que no le permitía avanzar. “Tenía una sensación de pecho apretado, de angustia tremenda. Era muy poco lo que tenía que caminar, pero me costaba. Iba muy lento. No podía respirar”. Llegó al número 1218, abrió la pequeña reja que separaba la calle del terreno y cuando se disponía a tocar la puerta, desde los árboles, de la tierra, del techo, salieron varios hombres encapuchados y la tomaron: “Cagué...cagué, cagué”, se dijo.

“Operación Lautaro concluida”, dijo uno. La noche anterior de ese día de diciembre de 1986 la casa de la calle Piacenza había sido descubierta y posteriormente allanada, y la gente detenida.

Vendada, amarrada y desnuda, adentro de la clínica, Patricia es sometida a interrogatorios y manoseada. “Ahí te entregas a lo que sea. Si ya jodiste. En ese momento entendí la desazón del día anterior. Los tipos me meten en un auto y la única sensación que tuve fue que me iban a arrojar a un precipicio”.

Llegó al lugar de detención, que después supo que era Borgoño, cuartel general de la CNI usado como espacio de tortura. Fue conocido popularmente como la “Casa de la Risa”, que se especializó en hacer desaparecer a los detenidos del MIR y el FPMR.

Fueron 17 días en la sede central de los esbirros de Pinochet. Su mamá la buscó incansablemente, con la conciencia intranquila, imaginando lo que podía estar pasándole a su hija. “Ahí tú ves que hay muchas redes sociales contigo, lo que hace que los tipos no quieran matarte, y sólo torturarte”.

Adentro empezó lo más duro: los manoseos recurrentes, los insultos, los simulacros. La vistieron con un traje de jeans, varias tallas más grande, manchado con sangre de algún otro cuerpo que pasó por él. “Ellos sabían perfectamente lo que hacían. Era como decirte que si te portabas mal, la ropa iba a terminar más llena de sangre, sangre tuya”.

Las sesiones de tortura las llevaban entre algo así como cinco hombres. Asesorados por un doctor que decía dónde y cuándo, le aplicaban corriente en

la boca, la vagina, las mamas, la planta del pie y las manos. En uno de los festines de electricidad en la parrilla, Patricia tuvo dos paros respiratorios.

“Yo vi desde afuera cómo me torturaban. Miraba cómo saltaba, cómo convulsionaba y cómo me iba yendo. Mientras me iba yendo, la visibilidad que tenía era menor, cada vez menor. De pronto no vi más y una voz me decía ‘sal’. Ahí sentí y vi que una bocanada de aire denso de color plata, con forma de cara, salía desde mi estómago. Esa masa me sale por la boca y el alarido que di me despertó”.

El “bueno” del grupo trataba de apaciguarla.

-Tranquila, no te va a pasar nada. Si tú *erís* buena. Habla.

Después le daban el golpe de corriente.

-¿Viste? Si tú hablaras más, no te castigaríamos así.

La expusieron desnuda varias veces para burlarse de ella:

-Eres asquerosa, me daría asco meterme contigo. Nadie lo haría.

A veces sólo la miraban y se masturbaban. “Es una cuestión aberrante. El trato no es ni siquiera de animal. Yo siempre me sentí como un pedazo de carne arrebatado por una jauría de lobos. El que mascaba más era el que ganaba. Es indescriptible. Yo puedo contártelo, pero es imposible de visualizar”.

La sacaban a las tres de la mañana a reconocer casas y le decían que estaba mejor adentro. “Afuera nadie te quiere”, “si sales te van a matar”, “todos andan diciendo que la flaca Herrero es una traidora”, repetían.

Después vinieron los simulacros de fusilamiento. La llevaban afuera con los ojos vendados y las manos amarradas.

-Ven *pa'* acá, flaca asquerosa, ordinaria. Agárrate de esto.

La hacían tocar el fusil.

-Ahora te vamos a matar.

De pie escuchaba los fuertes y decididos gritos de los agentes: “Alistarse”... “Preparen armas”... “Listo”... “Disparen”. Sonaba el balazo al cielo. Las piernas de Patricia temblaban. “En ese momento tú piensas que ojalá lo hagan. Sientes que te estás haciendo caca, pipí, que se te revuelve todo. Después los tipos se ríen de ti y te llevan a tu celda. Eso es horroroso. Más que todas las cosas”.

La acumulación de traumas y el dolor dejaron a Patricia pesando 39 kilos. “Si tú tienes el autoestima bajo te pueden destruir. Tienes que tener la convicción de que lo que están haciendo es para dañarte y joderte”.

Posteriormente a su estadía en Borgoño, Patricia pasó 31 días incomunicada en una cárcel de hombres. Fue formalizada por infracción al primer artículo de la Ley Antiterrorista, y terminó sus cinco años de presidio en la cárcel de Santo Domingo. Salió en libertad el '91 gracias a las Leyes Cumplido, que durante la gestión de Francisco Cumplido como ministro de Justicia en el gobierno de Aylwin, otorgaron indultos generales y dieron libertad provisional a los procesados por la Ley Antiterrorista en dictadura.

### **Patria nueva, vida nueva**

Con la llegada de la democracia, “Isabel” quedaba en el pasado y era Patricia quien tenía la misión de retomar una vida normal. Se casó y tuvo dos hijos. Fueron 17 años de un fallido matrimonio que se decidió a terminar cuando recibió aquella llamada.

Fue un día cualquiera en el 2008, trabajando en el Servicio de Atención Primaria de Urgencia (SAPU) de Peñalolén, de Consistorial con Grecia, de donde es encargada hasta hoy:

-Hola, ¿hablo con Patricia Beatriz Herrero Mediavilla?

Era su gran amor de la clandestinidad, hablándole desde Suecia, contándole que la buscó durante años y que la había encontrado por su hija.

-Te escribí una carta. Te la voy a enviar.

“Cuando leo la carta se me paralizó la vida. Recién entré a descubrir lo fuerte que había sido esa relación. Uno se vincula en la clandestinidad extremadamente fuerte, desde las emociones, porque uno sabe que no tiene la vida comprada y que en cualquier momento puede morir, entonces entrega todo lo que tiene de manera muy transparente y honesta. Eso es impresionante porque a lo largo de la vida uno empieza a tener otras cosas y fracasas porque buscas lo mismo que tuviste sólo en esa circunstancia, y que no va a volver en otra”.

Con aquel gran amor hoy las cosas están exactamente igual que en el comienzo. Como si el tiempo se hubiera congelado. Él con su vida allá, ella con su vida acá, pero juntos en la distancia, unidos principalmente por un pasado común y hermoso, y ayudados diariamente por la tecnología.

Respecto de su experiencia de tortura, Patricia se siente resuelta, con la convicción de que en vida todo se paga. “Un día me llamaron para decirme que tenía que ir a atender a una señora que había sido torturadora. Yo me negué a ir porque no quería reconocer voces. Finalmente fui y la vi, sangrando, muriéndose de un cáncer terminal, con su hija de 13 años al lado. Una hija que se iba a quedar sin mamá”.

Los días de la vista vendada, de simulacros de fusilamiento, de golpes de corriente, de convivir con ratones en una celda, y de insultos y vejámenes quedaron atrás, y hoy puede, con entereza, sentarse en una silla, y repasar sus días de horror con una desconocida, sin nudos en la garganta y con los ojos secos.

# TRABAJO

## **Entre el conductor y la pared**

“Deme su número y lo llamo cuando esté lista para que nos encontremos”, le dijo Liz a Renato, un hombre de unos 40 años, encargado del móvil que la llevó a la pauta de ese día. Era la cuarta vez que le tocaba salir con ese conductor, la cuarta vez que lo veía en su vida, la cuarta vez que lo saludaba.

Liz, como siempre, iba muy entusiasmada. Había encontrado una práctica de periodismo en Deporte en un importante canal de televisión, y estaba ilusionada y decidida a quedarse con el puesto cuando terminara su periodo de practicante.

Esa mañana de octubre iba a cubrir el lanzamiento de Colo-Colo Móvil, una aplicación para celular, destinada a la comunicación de los hinchas albos. Lo recuerda perfectamente. Sacó las cuñas y enseguida llamó a Renato. Su teléfono quedó registrado en el celular del conductor, pero Liz ni siquiera lo pensó. Así lo hacía con todos.

Al día siguiente, Liz volvió al canal. Estaba trabajando cuando su celular la alertó de un nuevo mensaje. Era de Renato, el hombre del móvil con el que sólo había cruzado un par de palabras y una que otra mirada cordial. “Mi amor, ¿a qué hora sale hoy?”, decía. La tranquilizó pensar que quizás había sido un error y continuó en lo suyo. Su hipótesis se desmoronó al cabo de unos

días. Los mensajes eran recurrentes y el contenido, incómodo: “¿La voy a dejar?”, “Hola, preciosa”.

A ella no le cuadraba. Era un hombre piola, medio viejo, usaba lentes, era hasta un poco nerd. “Si tú lo ves por ahí, no te lo imaginas”. Liz nunca contestó un mensaje. Además de que pololeaba, este hombre no era precisamente su tipo y no tenía ningún interés. Más bien se sentía hostigada. Se equivocó al pensar que con una semana de indiferencia el acoso cesaría.

Un día se lo cruzó en los pasillos del canal. Renato al verla le tiró un beso. Liz no disimuló su cara de asco y siguió de largo. Así fue durante todo el mes que le quedaba de práctica. El miedo a no ser contratada y convertirse en “un cacho” para la empresa fue más fuerte que sus ganas de denunciarlo: “Yo me quería quedar, entonces pensé que si decía algo iba a perder la opción”.

Por otra parte, era la única mujer en Deporte y, en principio, no quiso contarlo porque pensaba que un hombre jamás la entendería. Así pasaban los días y su buzón de entrada se repletaba de mensajes de Renato. Los besos en el corredor fueron pan de cada día. Renato pensaba insistir.

Liz ya no salía sin compañía del canal. “Sola ni cagando”, pensaba. Le daba pánico. Su único amigo en la práctica y su pololo se turnaban para escoltarla al paradero y espantar con su presencia a Renato. Un día nadie pudo

acompañarla. Liz regaló cuatro horas extra de trabajo, esperando a que terminara el turno del conductor.

A la tercera semana, Renato la acorraló en un pasillo:

-Déjame tranquila, yo aquí vengo a trabajar, no a tener relación con la gente-  
Lo encaró.

-Pero cuando salgai' po- le dijo el cuarentón con tono canchero.

Ni la amenaza de hablar con su jefe lo hizo bajar la guardia.

-Que le dai color.

Liz se zafó. Su editor había llegado de vacaciones y decidió contarle. La decisión fue inmediata: había que despedir a Renato, que llevaba algo así como tres meses en el canal. Ella no pudo evitar sentir remordimiento.

Cumplió los tres meses de práctica y llegaba el momento de conocer la tan ansiada noticia. Liz no continuaba trabajando. Nunca supo si fue por su lío con el conductor o porque éste le confirmó a su editor lo que reconoció siempre abiertamente: mejor sin mujeres en Deporte.

## **¿Y cómo extirpamos este cáncer?**

Hace nueve años Carmen entró a trabajar a Alacero, una empresa dedicada al acero, que representa a toda la industria latinoamericana. Ingresó como economista, para hacer análisis y estudios, y desde el principio tuvo la difícil tarea de hacerse valer en un mundo dominado por hombres.

En un comienzo fue contratada como asistente de otro economista, que era varios años mayor que ella. Al poco tiempo comenzó a sufrir acoso sexual, declaraciones de amor e invitaciones extrañas que no cesaron hasta que un año y medio después, lo denunció a su jefe.

En ese momento se sintió apoyada. Al economista acosador lo echaron de la empresa enseguida. Ese fue el primer voto de confianza que le entregó. Tiempo después la nombró Secretaria Técnica del Comité de Economía Y Relaciones Institucionales, la dejó manejar gran parte de Alacero y tomar importantes decisiones.

La confianza se consagró cuando fue enviada a representar a la industria del continente por primera vez al Comité del Acero de la OCDE, teniendo 25 años y siendo parte de menos del 10% de mujeres que asisten a estas reuniones. Esto le valió enfrentar decenas de rumores de haberse acostado con su jefe.

La noticia del envío de Carmen a la reunión tampoco gustó al Presidente del Comité, un mexicano que trabajaba para otra empresa de acero en el continente, que era quien usualmente asistía en representación de Latinoamérica. “Él se frustró mucho, porque es una persona que lleva 30 años de carrera, y le cayó pésimo”, cuenta Carmen. Después de eso, sistemáticamente en cada reunión este hombre se encargaba de humillarla en público por cualquier cosa.

En abril de 2014, echaron a su jefe y él se marchó de Alacero en muy malos términos. Fue el Presidente del Comité quien llegó en su reemplazo para convertir la vida de Carmen en una pesadilla. Dejó de darle las tareas importantes que antes tenía, y empezó a reemplazarlas por solicitudes de cotización de regalos institucionales, reservas de salas de reuniones y restaurantes, y traducciones de documentos inútiles del inglés al español.

“Yo fui a hablar con él y le dije que no correspondía, que no tenía problema en hacerle lo que él me pidiera, siempre y cuando se trataran de tareas para una economista. Le dije que yo no era su secretaria, que para eso había otra persona”. El nuevo cabecilla de la empresa estuvo de acuerdo y le dijo que haría las cosas de manera diferente.

Lo que sucedió en realidad fue que no volvió a pedirle nada más. No sólo dejó de solicitarle estas labores administrativas, sino que sencillamente no le dio más trabajo y la dejó mirando el techo. “Se puso bien terrible la cosa, no tenía trabajo. No me pedía análisis ni estudios, como lo hacía mi ex jefe. Desde el principio él me cuestionó además que yo hiciera realmente esos estudios. Me hacía casi exámenes de grado para comprobar que yo los hubiera escrito. Se puso cada vez todo más mal”.

El nivel de estrés llevó a Carmen a enfermarse. Su condición genética, conocida como Síndrome de Ehlers Danlos, terminó manifestándose a través de una fibromialgia que le paralizó los hombros y los brazos. Su médico le dio licencia por un mes. Había programado sus vacaciones con anticipación justo después de este episodio, así que cuando volvió a trabajar alcanzó a asistir tres días a la oficina y luego se fue nuevamente. Regresó definitivamente el 27 de agosto.

Todo seguía igual en la oficina, y en casa las cosas habían empezado a empeorar. Su marido llevaba cinco meses sin trabajo, y había descubierto hace unos meses que su pequeño hijo Eric, actualmente de dos años y medio, tenía una alergia alimentaria múltiple, que la llevó a ser vegana para poder seguir amamantándolo. Su familia la criticó por alargar tanto el periodo de lactancia,

porque además no creían en la alergia y pensaban que se volvería “mamón”. Llegaron a meterse tanto, que terminaron por alejarse.

Al año nueve meses decidió destetarlo. Estaba muy flaca, la cesantía de su marido y su situación laboral la tenían hecha un atado de nervios. Sintió que era el momento. Eric se puso muy mañoso. No dormía bien y quería estar en el coche todo el tiempo cuando antes lo único que quería cuando salían a pasear era caminar.

Un día le sacó las pantys y vio en sus piernas un montón de puntos rojos. Se preocupó y le dijo a la niñera que lo observara, por si se expandían al resto del cuerpo. Así fue. Lo llevaron a urgencias, le hicieron una serie de exámenes y tres horas después recibieron un aterrador diagnóstico preliminar: Eric podía tener leucemia. En la clínica donde estaban no tenían los medios para realizar el examen que determinaría si su hijo tenía o no cáncer, así que ese mismo día fue derivado.

El examen confirmó la terrible noticia. Carmen se puso a gritar, lloró abrazada con su marido y se prometieron que mientras se mantuvieran unidos todo estaría bien. “Ese día imaginamos a nuestro hijo muerto y enterrado. Es algo que no le deseo a ningún padre”.

Eso fue el 4 de septiembre de 2014. Había que empezar con la quimioterapia de inmediato. Fue a hablar con su jefe, ya que no podría asistir a trabajar en los próximos seis meses, porque es la parte más dura del tratamiento y tenía que estar acompañando a Eric. Le dieron una licencia y Carmen se comprometió a volver en abril, cuando pasara el periodo agresivo de la quimioterapia.

Ella y su marido vivieron este difícil proceso muy solos y con mucho dolor. Ambos son de muy pocos amigos y además habían tomado distancia de sus padres, pero estaban decididos a salir adelante. “Muy rápidamente nos acordamos de La Vida es Bella, y dijimos que si él pudo convencer a un niño de que un campo de concentración era entretenido, nosotros íbamos a hacer lo mismo con el cáncer. Y eso hemos hecho. Hoy Eric a veces llora y hace pataleta porque quiere ir a las quimios. Lo encuentra entretenido. Cuando terminamos nos comemos un helado para celebrar”.

Eric engordó el 20% de su peso producto de la enorme cantidad de cortisona que proporciona el tratamiento. Su sobrepeso lo volvió sedentario. Cuando va al parque juega un rato y se cansa, y se dedica a ver al resto de los niños jugar y correr. Vive cansado y tiene problemas motores. Al principio vomitaba todo el tiempo. Hoy tiene náuseas cada mañana y su alimentación es muy complicada. No puede acercarse mucho a la gente, ni ir al cine o al mall,

porque su sistema inmunológico está suprimido y cualquier contagio puede ser mortal. Por lo mismo no va al jardín y tiene escasa relación con otros niños.

Terminados los primeros seis meses, Carmen volvió a trabajar. Para colmo, su nana renunció pocos días antes por temas personales, lo que le dio muy poco tiempo para conseguir una nueva. “Cuando la encontré fue muy encima. Partió trabajando justo el mismo día que volví a la pega, entonces fue una angustia tremenda. Estaba en contacto todo el día con ella. Y sentía mucho dolor por tener que dejar a Eric, pero pensaba por último voy a volver a ahogarme en trabajo, sentir que rendía para sentirme realizada”.

Pero no fue así. Las pocas tareas que le quedaban luego del cambio de jefatura habían sido retomadas por una nueva persona que había sido contratada en su ausencia, y Carmen se pasaba el día en Facebook o jugando solitario.

Además tuvo que enfrentar las críticas de sus colegas y su jefe, que le decían constantemente que su lugar era en casa con su hijo, que su marido debería llevar el hogar y no ella, y que no debería dejar a su hijo abandonado.

Eric estaba mejor, pero aún le quedaban dos años de tratamiento, por lo tanto tenía que llevarlo todos los martes en la mañana a quimioterapia. En la oficina lo aceptaron, pero se las arreglaron para que coincidiera con las reuniones semanales de estrategia, a las cuales Carmen nunca más pudo asistir.

Luego de una semana de vuelta en el trabajo, a Eric le dio fiebre neutropénica, que sin defensas podía matarlo. Cayó hospitalizado y Carmen tuvo que ausentarse nuevamente un par de días. Trabajó desde la clínica. Estaba preocupada por perder su trabajo. “Fui a hablar con mi jefe. Le dije que la situación me complicaba mucho, pero que yo estaba muy comprometida con la pega, y que por eso independientemente de que yo estuviera sentada o no en la oficina, él siempre iba a recibir en tiempo y forma las tareas que me pidiera. Él me respondió que entendía que mi prioridad fuera mi familia, pero que con eso quedaba claro que todo lo demás era secundario, y que esta situación no era normal”.

En el trabajo estaba más de adorno que nunca. Lo único que hacía eran recopilaciones de bases de datos. Nadie le preguntó más por cuestiones de economía, ni la tomaron en cuenta para nada. “Me daban tareas fáciles, lo cual era muy castrador para mí, porque además pensaba que quería estar con mi hijo. Estaba frustrada porque pasé de economista senior a menos que junior, de reina a suche”.

Aún era la Secretaria Técnica del Comité. El 19 de mayo había una reunión en Brasil, y le consultaron si iba a viajar o no. Averiguó si había problema en correr la quimioterapia para el miércoles, para así poder asistir. Cuando obtuvo la luz verde de la clínica, confirmó su asistencia con su jefe.

-Yo no tengo problemas en llevarte, pero pobre de ti que anules a último minuto.

-No, si voy a ir.

Salió de la oficina decepcionada y le comentó sobre esta conversación a una colega.

-¿Y por qué vas a ir?

-¡Porque soy la Secretaria del Comité po!

-Chuta... ¿Nadie te dijo?

-¿Qué cosa?

-Que ya no eres tú la Secretaria.

Carmen ingresó al sitio web de la empresa y verificó la información. Su reemplazante se había quedado con su cargo y nadie se lo había notificado.

“Entonces me llevaron a Brasil a parar el dedo, de florero, con todo lo que significa para una mamá dejar a su hijo enfermo. No me pedían nada, mientras todos trabajaban como locos”.

Todos los días en la oficina trabajaba entre treinta minutos y una hora. El resto del tiempo no tenía nada que hacer, además de pensar todo el tiempo en Eric,

que podía tener complicaciones o recaídas en cualquier minuto, lo que podía significar la necesidad de un trasplante de médula, un procedimiento sumamente riesgoso y difícil.

Atrapada en la desesperación y la impotencia, decidió buscar asesoría de abogados. Sabía que su jefe no la quería ahí, pero no pensaba despedirla, y Carmen no consideró ni un segundo rendirse y retirarse de Alacero sin su indemnización. El sueldo de su marido era mucho menor y sus trabajos menos estables. Necesitaba el dinero para costear el tratamiento de su hijo.

Fue a hablar con el contable de la empresa, que la conocía desde que entró. Le contó todo lo que había pasado y le pidió ayuda. Él le prometió hablar con su jefe para sugerirle que la echara. El 27 de mayo de 2015 sucedió. Estaba aliviada. “Él saltaba en una pata. Hasta me ofreció una cena de despedida. Y me van a pagar toda mi plata, que para mí es muy importante porque ahora no voy a conseguir otro trabajo por la simple razón de que donde vaya no puedo empezar diciendo que los martes en la mañana no puedo ir a trabajar y, si me preguntan por qué, no voy a poder mentir, y ¿a qué empleador le conviene tener a una mamá de un niño enfermo, que puede faltar en cualquier momento?”.

El plan hoy es instalarse en casa como traductora freelance. Carmen habla cinco idiomas y tiene mucha experiencia. Es la única alternativa que ve para seguir trabajando y además poder estar en casa con su hijo. Quiere volver a ser mamá. Estaba en campaña cuando Eric se enfermó, por lo que se vio en la obligación de suspender su nuevo proyecto familiar. “No quiero un niño remedio. Hay familias que lo prueban para ver si la médula sirve. Por el momento está pospuesto hasta que sane Eric. Y es una pena, porque voy a ser más vieja y no sé si voy a poder”.

El día del despido su jefe le dijo algo que Carmen jamás va a olvidar:

-Me alegro que hayas hecho la elección correcta porque el lugar de una madre está con su hijo enfermo.

Ese día se marchó de la oficina con sentimientos encontrados. Estaba aliviada. Había sido casi un año de tortura; de humillaciones, de malos tratos, de incompreensión. Además iba a poder estar al lado de Eric. Sin embargo, no podía dejar de pensar en que todo se venía cuesta arriba. “Uno siente que el mundo se vuelve en tu contra. Me he peleado con la Isapre, con la pega, con mis papás, todo. Al final esta sociedad te hace pensar que es un crimen ser madre de un hijo enfermo”.

# PAREJA

## **De mí no te olvidas**

En el último acomodo antes del cierre de puertas en el metro Universidad Católica. Así conoció Francisca a Esteban. La Cotu los presentó. Eran compañeros en Periodismo, pero nunca se habían visto las caras. La mirada fija que le dio el rubio la flechó enseguida. En ese momento, su tercer día de clases en la universidad, Francisca pololeaba con un ex amigo del colegio. Pero algo en Esteban poco a poco terminó por arrebatarle el entusiasmo con esa relación.

Desde ese instante en el vagón jugaron a coquetearse. Ella lo miraba y luego bajaba la cara hacia el suelo, para después volverla a subir y cruzarse con los ojos de él. “Enganchamos al tiro. Sólo con mirarnos. Pensé que era muy seductor. A mí me atraía, pero yo tenía esa parte comprometida y nos empezamos a hacer súper amigos”.

Pasaron dos meses y en mayo de 2008 se pusieron a pololear. Formaron un grupo de amigos en común. Todo era maravilloso. Se llevaban muy bien y eran algo así como la pareja símbolo de la Facultad.

“Siempre describo a Esteban como esa típica gente que tiene un ángel, un aura especial. Los profesores en mi carrera rara vez se acuerdan de tu nombre pero, por alguna razón, de él siempre se acordaban”.

Esteban era deportista, musculoso y tenía una sonrisa perfecta. Además, se vestía bien y era, en general, un hombre muy atractivo. Francisca se fue enamorando con facilidad y no pudo separarse de él hasta el tercer año de pololeo.

Llevaban sólo tres semanas, pero los lazos que se formaron entre los ocho miembros del grupo de amigos fueron fuertes, y al poco andar decidieron irse juntos de vacaciones a Papudo. “Ahí tuvimos el primer problema. Un día estábamos conversando y yo algo dije. El Nacho, un niño del grupo que es súper cariñoso, me abrazó y me dijo ‘eres tan tonta...’, y Esteban hizo un escándalo gigante porque se puso celoso”.

Una semana después, su memoria le jugó una mala pasada. Cumplían un mes y Francisca lo recordó tarde. No quiso llegar con las manos vacías y le compró un chocolate, que le entregó con una carta. Esteban, que sí había recordado a tiempo la fecha especial, mandó a importar un ramo gigante de rosas y se las entregó. “Yo traté de hacerle algo bonito, pero él se enojó muchísimo porque mi regalo no estaba al nivel del suyo. Esa fue la segunda pelea fuerte, y así fueron agrandándose cosas tontas, y yo no me di cuenta. Separaba las cosas, no pude ver la foto completa”.

Por segunda vez, ahora en tercer año de universidad, los amigos de Francisca organizaron unas vacaciones. El lugar escogido fue Curacaví, en la casa de alguien del grupo. Tenían el carrito armado en el living desde temprano. Ya a la hora del bajón, decidieron hacer la típica olla de sopa que se hace en toda casa de playa donde hay jóvenes, cuando el hambre acecha en la mitad de la noche. En esa ocasión les tocaba cocinar a Francisca y Esteban.

Ella revolvía la sopa cuando Esteban le dijo que hiciera algo que no recuerda hoy. Como él la había mandoneado todo el día, Francisca le dijo “para de mandurrearme, por fa”. Ella se reía, como siempre. Pero a él le pareció muy mal que su polola le parara los carros frente a sus amigos, así que se la llevó a la pieza y empezaron a pelear.

-¡Quién te crees tú para humillarme al frente de todos!

Francisca, que nunca ha sido conflictiva, lloraba, superada por la situación. Los gritos de Esteban aumentaban y ahora levantaba a patadas un sillón. Ella se pegó a la pared, sentada en la cabecera de la cama, abrazándose las piernas. Afuera se escuchaban sus compañeros pasándolo bien al ritmo del reggaetón.

Francisca ya no soportaba ver a Esteban gritar y patear todo a su paso. Se levantó y salió corriendo de la pieza, para encerrarse en el baño a llorar por dos horas. En el living todos preguntaban dónde estaba la Pancha.

-Se fue a dormir.

Cuando ya se había calmado volvió a su habitación. Él entró rápidamente.

-No quiero que salgas más.

Cerró la puerta con llave y la dejó adentro. “No me atreví a hacer nada. Tenía el celular en el bolsillo, pero no pude llamar. Me acosté”.

Otra noche de esa misma semana en Curacaví se pusieron a bailar. “Y yo estaba bailando con él, obviamente, porque no podía bailar con nadie más, ni siquiera con mis amigas. De repente choca espaldas con el Nacho. Esteban se dio vuelta y lo empujó. Se agarraron a combos. Tratamos de separarlos y me fui con él. Le pregunté qué había pasado y me dijo que hace dos horas el Nacho me había mirado el poto”.

Francisca, movida por su deseo de saber la verdad, le preguntó a Ignacio si realmente fue así. Él le juró que era mentira, explicándole que trataba de ser muy cuidadoso con ella, porque percibía que Esteban era muy celoso.

Él siempre fue celópata y controlador. Las pocas veces que Francisca no salía con él, tenía que estar pegada al teléfono atendiendo las llamadas compulsivas que él le hacía cada diez minutos: “¿Dónde estás?”, “¿con quién estás?”, ¿qué estás haciendo?”.

Cuando peleaban por cualquier cosa, Esteban se encargaba de hacerle saber a Francisca que era lo peor que le había pasado en la vida y que no era digna de estar con él. Además se enojaba porque tenía mejores notas, y la hostigaba por la ropa que usaba, hasta el punto en que ella salía angustiada a llorar a los baños de la universidad.

Nunca la dejó tomarse el pelo. Cuando llegaba con un moño, Esteban se tomaba la libertad de agarrar el colet y sacárselo. Él sólo le decía que se veía bonita si usaba escote y cada vez que pasaba por detrás de ella, se aseguraba de rozar su pelvis contra el trasero de Francisca.

“Me terminé aislando. No veía a nadie. Mis compañeras se daban cuenta de que mi relación era súper absorbente, pero me veían bien porque a mí de naturaleza me cuesta mucho contar mis problemas, entonces me guardé todo. ¿Cómo les iba a contar a mis amigas, si les encantaba Esteban?”.

A principios de 2010, su relación empezó a diluirse. Francisca quería salir de este pololeo, pero no podía, no encontraba la manera. El poco tiempo que no discutían, lo pasaban muy bien y eso la mantenía amarrada. Decidió alejarse. Fue ahí cuando una tía cercana de Esteban se enfermó de cáncer gástrico y murió. “Yo quería acompañarlo, pero no sabía cómo mantener la distancia. Me dijo que era mi culpa que lo estuviera pasando tan mal, porque nosotros

estábamos terminando, y no me quedaba con él. ¿Cómo lo iba a patear si se había muerto su tía? Yo accedí, porque me sentía súper culpable”.

### **Por la razón o por la fuerza**

Cuando Francisca terminó con Esteban, conoció mucho mejor a Ignacio. Se pusieron a pololear. Ella solía quedarse a dormir en su casa, y en una de esas noches, el Nacho la abrazó por el cuello, dormido. Al sentir la presión de su brazo se largó a llorar. Él, extrañado, le preguntó si estaba bien.

-Sí, es que no soporto las manos o los brazos cerca del cuello”-, contestó.

A Ignacio le pareció raro, pero no ahondó en ese momento.

Otra noche, mientras tenían sexo, él le puso la mano en el pecho. Francisca lloró desconsoladamente.

-Tenemos que hablar de esto.

Así fue como ella le contó sobre la primera vez que Esteban la violó. Sin decirle exactamente lo que había pasado, y tratando de bajarle el perfil a la situación, Francisca le dijo que alguna vez la obligó a acostarse con él.

-¡Por qué no me contaste antes!

Ella no supo qué decir.

Fue el tercer año de pololeo con Esteban. Un día sábado, casa sola. La idea de cortar la relación ya le venía dando vueltas pero aún no encontraba la manera. Estaban acostados en la cama. Él la empezó a buscar.

-No quiero.

Él seguía insistiendo. “No quiero, no quiero, no quiero”, repetía varias veces, sin lograr que parara.

Francisca se dio vuelta suavemente para no perturbarlo y le dio la espalda. Él la tomó del hombro y la puso de frente. Se encaramó sobre ella, abriéndole las piernas y puso su mano en el cuello de Francisca, inmovilizándola. No decía nada. Sólo la miró como nunca antes la había mirado. En unos segundos le sacó los pantalones y la penetró. Francisca no quería, por lo que no estaba lubricada. Lloraba, de dolor, de impotencia. Él estaba enojado y ella no se atrevía siquiera a moverse por miedo a que le hiciera algo.

Siguió metiéndoselo, con la mano en el cuello, mientras ella lloraba, apretando los dientes del susto. Él terminó de hacer lo suyo y Francisca quedó regada en la cama. Congelada, sin articular palabra. Se dio vuelta mientras empapaba la almohada con sus lágrimas que no paraban de correrle por la cara. Se vistió y se fue. No se dijeron nada.

“Fue como si estuviera violándose a una persona muerta. Me dolió mucho. Las otras dos veces fue muy parecido. La última vez ni siquiera lloré. Estábamos en su pieza y me empezó a toquetear. Le dije que no quería. Me empezó a hacer cariño, a darme besos en el cuello y yo me corrí y me senté en la cama. Él me echó para atrás, sin decirme nada. Le dije que no, pero lo hizo igual. Me sentí sin emociones. Pensé que era lo que me tocaba”.

Las heridas de la tercera vez no las olvida. La vagina le ardió por días, y el dolor no la dejaba sentarse. La voz de Francisca aún se ahoga al repetir la palabra violación. Le tardó tiempo reconocer que eso es lo que es cuando alguien lo hace contra su voluntad. “Yo me sentía enamorada de él. Es alguien que yo quería, entonces es fuerte”.

Él está presente hoy cuando no puede llevar una vida sexual normal con sus parejas, o cuando no puede irse a casa con alguien, aunque lo quiera. “En Buenos Aires conocí a un argentino bailando tango. Me dijo que lo acompañara a su casa y le dije que no porque seguramente lo íbamos a pasar mal, yo iba a querer llorar, como cada vez que tengo relaciones. Cuesta inconscientemente saber que no tiene por qué volver a pasarme, que no puede ser tan terrible, que no es Esteban. Necesito tiempo para asumirlo”.

Hoy cada vez que alguien le acerca la mano al pecho sufre taquicardias. Cuando la saludan, cuando la abrazan. Francisca tiene aproximadamente cien taquicardias al día y ha tenido que aprender a vivir con ellas, con los miedos, el secreto y otras cosas.

### **Para que nunca te olvides de mí**

Francisca estaba muy angustiada, y su cuerpo lo sabía. El año 2009 se enfermó a raíz del estrés. Le diagnosticaron fibromialgia, un trastorno crónico que causa dolores musculares y a los huesos, atacando ciertos puntos en particular: cuello, rodillas, brazos, espalda, etc. Además de rigidez en las articulaciones, ocasiona problemas a la memoria y fatiga constante. Esto provocó que cayera en cama, sin poder moverse durante un mes y medio.

“Tuve que congelar la U. Mis hermanas me llevaban al baño y me daban de comer porque no podía ni siquiera tomar la cuchara. Es un dolor que hasta hoy tengo. Mi sistema nervioso colapsó. Tengo problemas al corazón, me salen manchas en los brazos. Es la marca que me dejó Esteban”.

Sus padres, pensando que la carga universitaria había sido la causa, la llevaron al sicólogo. En la terapia fue sacando, con mucho esfuerzo, algunos de los episodios de violencia en su relación. “Después mi papá fue al sicólogo para

saber qué pasaba y él rompió su voto de silencio, y le contó. Ahí se destapó la olla de la violencia sicológica”.

Para superarlo, Francisca dio muchas entrevistas a diversos medios, como método de empoderamiento y de superación. Respecto a las violaciones, no pudo hablar más que un par de veces con su sicólogo, una amiga e Ignacio. En parte por el dolor que eso podría acarrear para su familia, y por otro lado, porque aún está en la fase de aceptación de esa etapa.

“Siento que todo lo que me pasa hoy me lo recuerda. Siempre tengo su sombra presente. Me acompaña todos los días. Por alguna razón siempre vuelve”. De una manera u otra, Esteban se las arregló para ser ese hombre que una nunca olvida. Aunque no en el sentido romántico. Se lo recordarán los hombres que vengan, se lo recordarán sus rodillas y su espalda, se lo recordarán las taquicardias. Estará en cada relación sexual que no pueda concretar y, sobre todo y hasta siempre, en cada dolor que su cuerpo tenga que soportar.

## **Pienso que la otra vida compensa**

Me costó mucho contar lo que sigue. Es vergüenza, es pena, es rabia, es pensar que exagero, que mis hijas no merecen que escriba algo así. Soy médico, tengo dos especialidades, he trabajado muy duro, nadie, como se dice, jamás me ha regalado nada. Viví muchos años en Francia junto a mi marido, ingeniero y exitoso, siempre rodeado de amigos, en especial del colegio. Mi familia de origen casi no existe. Mis padres murieron hace 15 años, con meses de diferencia, y mis hermanos, todos profesionales exitosos, viven a cientos de kilómetros y con suerte los veo una vez al año.

Él me ha pegado sólo en dos oportunidades. Creo que su estrés lo traicionó. Yo estaba embarazada de nuestra primera hija y fue la primera vez. Ya no recuerdo por qué; él dice que yo a veces lo vuelvo loco porque repito algunas cosas, porque no soy lo suficientemente fuerte como él quisiera. Fue una patada. Me quedó rojo y caminé por París durante horas, sola. No sabía qué hacer. No le dije a nadie. Mis compañeros de la especialidad me habrían dicho que lo dejara y yo sabía que era sólo un episodio de estrés y que yo estaba cerca. Nada más. La segunda vez fue en Chile. Le pregunté algo sobre un proyecto en el que estaba, en el escritorio, le dije que quería conversar sobre mi trabajo en el hospital y sobre que no soportaba este país de cínicos. Él me

dijo que no quería escuchar mala onda. Discutimos y me golpeó por un rato. Me sentí culpable.

Él no soporta, dice, a las mujeres débiles o cobardes. Todos, afuera, creen que soy la mujer más fuerte e inteligente que han conocido. No es arrogancia. Lo digo porque ni se imaginan quién soy y cómo parezco un ser asustado, especialmente los fines de semana. Llevamos 20 años juntos. Nuestras hijas son felices, pero me ven llorar casi a diario y luego levantar la frente, ir al hospital, a la Universidad a hacer clases, a todas partes, y ven que su mamá es fuerte. Pienso que esa otra vida compensa. Y espero que se queden con esa parte.

Ellas quieren a su papá. Es un buen papá. Juega mucho con ellas, más que yo, que les fomento el rigor, el estudio. Me encanta estar leyendo y ellas junto a mí, en sus tareas. A veces las miro en el jardín y pienso en la burguesa vida que llevamos y en lo frágil que es todo esto.

Cuando logré la especialidad y luego cursé un doctorado, graduándome como la mejor de la promoción, no le agradecí. No quise hacerlo y fue la primera vez que entendí que él me había hecho daño por años. A veces lo reconoce, pero recae en periodos de estrés y me grita, me dice vaca echada si es que estoy durmiendo, me dice que no ayudo si es que no recojo algo del suelo de

inmediato –aunque he hecho la limpieza y recogido todo durante la misma mañana-, me trata de mala madre si llego cinco minutos tarde a buscar a las niñas o no estoy cien por ciento disponible. Me dice esas cosas. Su padre se las decía a su madre, lo escuché más de una vez. Y ninguno de sus seis hijos dijo algo cuando eso ocurría. Ninguno.

Él nunca ha regañado a las niñas. Si alguna vez hacen algo inapropiado, el reto me lo llevo yo por, efectivamente, ser mala madre, dice. Que por culpa mía pasan cosas, se tuercen. Yo sé que no es así y le discuto. O le discutía. Ya no lo hago, ahora solo lloro y camino, camino mucho. No llevo automóvil al trabajo y camino kilómetros, me subo a taxis raras veces. Caminar me hace tan bien, incluso para recuperar la memoria. A veces siento que cada reto es un golpe a mi memoria. Se me olvida todo, todo, rápido, como si una nube viniera desde lejos para taparlos, y me alcanza. Por eso ahora mis recuerdos, los del día, no existen, olvido y anoto todo. Salvo con mis pacientes o las clases, casi todo lo borro. Puede ser una defensa. Borro para no recordar y no sentir nostalgia.

Cuando él siente que vuelve a quererme, aunque dice que nunca ha dejado de hacerlo, vamos todos a algún viaje, salimos, hacemos panoramas. Y le encanta decir que tiene la familia perfecta. A veces, entre amigos, se le escapa un “ella cocina pésimo”, pero se ríe y todos ríen. A veces, me he tenido que cambiar de

ropa porque cree que me veo demasiado bien y no corresponde. No soporto cuando hace eso, menos cuando se dice de izquierda y libertario. Ya no le creo.

Me costó escribir y lo hice luego de meses de que me lo han pedido. Como que estoy esperando que esto cambie, que nadie sepa nunca, pero que sirva, tal vez, para que nadie lo viva. Sé que es violencia psicológica. Como médico sé que cada golpe en la memoria y en la emoción puede generar incluso un daño cognitivo. Pero algo profundo en mí, muy arraigado, me dice que debo salir y enfrentar, mientras otro lado cultural y social me dice que esto pasará, que es una etapa, que la mujer se lleva la peor parte en esta sociedad y que podría incluso ser peor. Y cuento los días. Confío en que él no cambiará, pero sí reflexionará sobre su trato. No espero que me pida perdón, solo espero una semana sin que esto se repita.

Puede sonar patético y así lo siento, me siento culpable y responsable de haberme boicoteado. Pero no sé de derrotas y sé que esto no me la ganará. Sé que, como mujer, todo cuesta el triple, pero ya no debería ser así para la generación de mis hijas. Si logro que ellas no sientan profundos deseos de huir, que sigan tan estudiosas y talentosas como hasta ahora, si logro que nadie les grite jamás, creo que ese día estaré preparada para cerrar la puerta tras de mí. Ahora no puedo y, por lo mismo, me largo a caminar.

# ESTADO

## **“El Estado chileno casi me mató”**

Paola me muestra encantada las fotos de sus hijos recién nacidos. En ellas se puede ver la felicidad de una madre que en algún momento pensó que no iba a tener nunca la oportunidad de cargar a su hijo en sus brazos. Los ojos de ella y de su compañero Marcelo, tienen un brillo capaz de traspasar el lente de la cámara.

Simón y Sofía son los hijos que tuvo con su marido después de abortar su primer embarazo. En el 2005 había decidido que quería ser mamá. Lo conversaron. Él le había pedido durante mucho tiempo que lo intentaran, y esta vez, con 36 años, Paola se sentía lista e invadida por un rotundo instinto maternal. Se pusieron en campaña.

Dos meses después de tomar la decisión el test marcó positivo. Tenía dos semanas de embarazo. Ella y su marido celebraron con una botella de champaña la alegre noticia. Invitaron a unos amigos a casa. Llegaron con regalos y llenos de buenos y felices deseos para los próximos padres.

“Parecía mentira que la feminista, independiente y ruda reportera estuviera entregada a los menesteres cursis de la maternidad. Hasta hoy recuerdo las zapatillas tejidas a crochet que trajo Vicente. Eran blancas porque –dijo con su

característico humor- ‘como aún es una fórmula en división, es imposible saber el sexo’. Eran preciosas, y la verdad es que nunca supe qué pasó con ellas”.

Por esos días, Paola estaba en el trabajo de sus sueños. Había sido reclutada como reportera en un proyecto de investigación importante que llevaba Mónica González, una periodista a quien admira mucho, y en el que le pagaban bastante bien. Estaba contenta de poder hacer algo bueno y diferente a lo que se hace en el rubro actualmente. Al poco tiempo de embarazo tuvo que renunciar. Su proceso no estaba yendo bien. Se sentía cansada, no podía caminar. El proyecto estaba recién comenzando y prefirió hacerse a un lado.

Quiso ver a un doctor. No tenía un médico de cabecera en ese momento, así que recurrió a su hermano pediatra para que le recomendara uno. Entonces dieron con el primer ginecólogo. Los informes salieron normales. Estaba todo bien. Sin embargo, en tres semanas todo cambió. Paola cumplía un poco más de dos meses y no paraba de vomitar. Su estómago no toleraba ni siquiera el agua y devolvía lo que comía casi 30 veces al día. Pese a eso, comenzó a engordar demasiado.

Paola sabía que algo andaba mal. “El cuerpo nos habla, pero hemos perdido la capacidad de escucharlo, especialmente en el proceso de procreación y maternidad, que lo hemos entregado casi de forma absoluta a los médicos”.

El doctor le decía que su sensación de intoxicación era producto de su embarazo “primerizo tardío”, invalidando toda suerte de intuición y preocupación de la madre, cometiendo violencia obstétrica continua, despojando a Paola de su maternidad. No hubo exámenes de por medio, sólo prejuicios y una larga receta de pastillas anti-vómito, que no hicieron efecto.

Luego de unos días, un abundante y extraño sangrado llevó a Paola de vuelta a la consulta por miedo a una inminente pérdida. La ecografía mostró un desprendimiento de placenta y nada más. Esta vez le inyectaron hormonas para retener el embarazo que su cuerpo rechazaba y le indicaron un mes de reposo absoluto.

“Mi vista estaba cansada por los mareos, me sentía aturdida la mayor parte del tiempo, sofocada, y los vómitos no me dejaban en paz. Era realmente como si estuviera en la peor intoxicación de mi vida”.

Pidió hacerse un examen de Traslucencia Nucal, que mide la separación que existe entre la piel y la nuca del feto, que en su momento de desarrollo no debía superar el milímetro. De ser mayor el porcentaje, era muy probable que se tratara de un problema de salud fetal. Esto ya se aplicaba en las ecografías en países más desarrollados, y Paola lo sabía por un reportaje que había hecho anteriormente sobre eso.

Ante la solicitud, el doctor la emplazó:

-¿Cómo sabes tú eso, ah? ¿Acaso piensas abortar si viene mal?

“Su reacción fue tan dura y tan brutal, que pude darme cuenta de que el embarazo no estaba siendo mío, sino de él, y que las posibilidades de saber realmente qué estaba pasando, eran muy pocas. Con la impresión de esa ecografía volví a mi casa y me di cuenta de que la translucencia nucal de mi feto era casi 5 veces mayor a lo normal”.

Sintió terror. Buscó a su hermano nuevamente para que le recomendara un experto en medicina fetal. Consiguió hora para el lunes temprano. La angustia que vivió ese fin de semana no se parecía a nada que había vivido antes. Ese lunes descubrieron que la translucencia nucal estaba demasiado aumentada. El médico les pidió regresar en tres días. En las imágenes podían ya ver rasgos claros del bebé.

Paola había engordado 30 kilos, su estado físico era pésimo y seguía vomitando sin parar. Sentía que cada día que pasaba era una lucha por sobrevivir a ese embarazo que la estaba matando. Cuando volvió al médico ya no había duda. El nuevo doctor estaba preocupado, y medía todo lo que podía dentro del vientre de su paciente. Cuando tuvo el diagnóstico los sentó en la oficina.

-Esto significa que el feto tiene algún problema. La mayoría de las veces, la translucencia nuchal es por Síndrome de Down, pero en este caso lo puedo descartar porque el feto tiene hueso nasal. Existe otra gama de problemas genéticos que hacen un embarazo inviable pero son escasos. La probabilidad del síndrome que sigue es de uno en mil, y de ahí para adelante aún más difícil.

Optó por una malformación cardíaca que podía ser operada de manera intrauterina o con el bebé recién nacido. “Entonces le pedí que hiciéramos un examen genético. Si sólo se trataba de Síndrome de Down no había de qué preocuparse, pero yo quería saber si había algo más”.

La amniocentesis o extracción de líquido amniótico es un procedimiento que puede realizarse a partir de los seis meses de gestación. Paola no podía esperar. “Haciendo memoria en los reportajes de salud materna, recordé un examen llamado vellosidades coriales: una pequeña perforación en el vientre que, cuidadosamente monitoreado, extrae material de la placenta para analizar su componente genético. Había un riesgo de aborto con el procedimiento, pero yo estaba segura de que eso no ocurriría. Tan segura como de que el resultado sería el peor de todos”.

Después de varios días recibió los resultados del análisis. Se habían ido a pasear a Viña del Mar, para distraerse mientras esperaban. De pronto entró una llamada a su celular. Una enfermera le insistía en que era urgente que regresaran a Santiago. Paola le preguntó qué era. No quisieron decirle hasta que su hermano tomó el teléfono. Se trataba de un triploide 69XXX.

Ninguno conocía el término. Su hermano se dedicaba a la neurología infantil y Paola nunca había investigado algo así. Preocupada fue a un cyber a buscar en internet alguna referencia para calmar su angustia. Google arrojaba cosas como la muerte inminente de la madre, cáncer, etc. Con esas posibilidades atormentándoles las ideas se fueron a Santiago, directo a la clínica.

-Jamás pensé que fuera algo como esto. Es grave. Hay que sacarlo, pero en Chile no se puede. ¿Tienen dinero para viajar?

No sabían de dónde iban a sacar el dinero, pero lo que sí sabían es que no tenían otra opción. El cuerpo de Paola ya no daba, si no se apuraban en concretar el aborto podía morir. Además de todo, ahora sabía que no sería mamá.

“Creo que sólo con el paso de los años, he podido dimensionar la violencia de la que fui víctima especialmente por parte del Estado chileno. En cuestión de segundos, pasé de ser una tierna y gordísima embarazada, a ser una especie de

ataúd andante de un proyecto de hijo que no solo estaba casi muerto sino que además, me estaba matando a mí”.

A todas las terribles noticias se sumaba que existía una alta probabilidad de perder el útero completo en la intervención, y no poder tener nunca la familia con la que alcanzó a soñar un par de meses junto a Marcelo. Menos se imaginaron que además de todo, tendrían que desplegar sus habilidades de productores para gestionar ellos mismos el proceso que los dejaría sin ser padres y, en el peor de los casos, que podía culminar en una fatal y absoluta separación.

“El doctor explicó varias veces lo que había sucedido, el error genético no era solo en 1 cromosoma, sino que dos espermios habían fecundado mi óvulo pero no había existido una división celular correcta y todo un juego extra de cromosomas se había quedado adentro del óvulo fecundado. Si las mujeres somos habitualmente 46XX y los hombres 46XY, dado los 23 cromosomas que aportan madre y padre respectivamente, mi feto tenía la configuración genética triple: 69XXX”.

-Doctor, ¿entonces por qué parece una guagua?

-Tuviste mala suerte. Pudo haber sido una masa de carne con manos, una nariz con patas. Tuviste mala suerte.

El penoso fenómeno que se gestó en su vientre había generado un desorden hormonal asesino, que llenó la placenta de tumores, grandes y prolíferos, y aumentó las hormonas de Paola diez veces más de lo normal. “Esa era la intoxicación que yo describía durante semanas, y que nadie pareció admitir como un síntoma válido”. Estaba devastada, los médicos no podían hacer nada más que esperar a que Paola estuviera en un riesgo vital declarado para entrar a esa zona gris de la ley, que podía salvar su vida y a ellos de la cárcel. Mientras tanto ella trataba de digerir que en pocos días pasaba de organizar un baby shower a un funeral.

“En Chile no hay normativas de ningún tipo asociadas al aborto terapéutico. Lo único que hay es un artículo en el Código Sanitario que dice que está prohibido cualquier procedimiento que tenga como fin un aborto. Entonces, cuando hay un caso complejo como el mío, ningún médico quiere meterse en problemas. Entonces, para que el fin no sea el aborto, te llevan a un límite, a una zona de seguridad del médico, donde él dice ‘puta, no me quedó otra’. Es el jurel tipo salmón al que estamos acostumbrados los chilenos”.

Su doctor hizo lo único que podía: llamar a sus conocidos en Estados Unidos, en Tampa, para derivarla. Mientras tanto Marcelo y Paola hacían malabarismos para dar con el presupuesto millonario y sacar la visa rápidamente. Esto con ella en un estado vegetativo visible. No caminaba, no

podía ver bien, le costaba escuchar y no hacía más que devolver hasta el agua que ingería. Día por medio tenía que asistir a la clínica para monitorear su estado y ver el grado de invasión de los tumores, que ya tenían al feto completamente aplastado, y a la barriga de Paola del tamaño de una de ocho meses, teniendo en realidad menos de cuatro.

Marcelo, que siempre había sido pro-vida había dado un vuelco drástico en su pensamiento. Era su mujer la que necesitaba el aborto, y se veía obligada a llevar su vida al riesgo máximo para cumplir con el mandato de la legislación vigente, que insiste hasta hoy en esperar a que la paciente tenga un pie en el ataúd.

Mientras resolvían cómo embarcarse en el peor viaje de sus vidas, Paola recibía instrucciones de abandonar toda clase de reposo para ver si se podía evitar la cirugía. “Virutille”, “suba escaleras”, eran algunas de las recomendaciones.

Por esos días Paola caminaba por las calles, embarazada, pero no. El suceso más doloroso la lleva a un día en el que estaba en un café, leyendo sobre su caso. Una mujer que tomaba de su taza en la mesa de al lado encendió un cigarrillo. Luego de darle un par de fumadas, miró a Paola.

-Perdóname, dios mío. No me di cuenta de que estás embarazada.

Mientras la mujer apagaba el cigarro rápidamente en el cenicero, Paola la miró en silencio. “En ese momento sentí la tristeza más profunda que he tenido en años, porque palpé la violencia de la que estaba siendo víctima, pero no me sentí capaz de enfrentarla. Me sentí derrotada. Era la delincuente preparando un viaje para abortar y no morir. Tenía que negar el embarazo. Lo intenté, y me dolió el alma”.

-No, no te preocupes. No estoy embarazada. Es sólo gordura.

Ese intento que le partió el corazón la empujó a la salida del café. Lloró seis cuerdas seguidas, decidida a contarles a todos lo que realmente ocurría. Envío correos a sus amigos. Recuerda cuando le contó a su suegra, esa mujer extremadamente religiosa y de la derecha más conservadora chilena, que al escuchar su historia pasó en pocos minutos de ser declarada antiaborto a pedir una intervención terapéutica urgente.

“Da impotencia. La gente te mira y te hace cariño en la guata. Y tú ¿qué le vas a decir? ¿Que estamos preparando el aborto? Es muy perverso lo que pasa psicológicamente, emocionalmente”.

Casi a diario le realizaban exámenes de sangre para medir la cantidad de gonadotropinas. En un embarazo normal, esta hormona puede superar los 200 mil mUI/ml en los cuatro meses; Paola tenía 700 mil.

En medio de las indagaciones legales para demandar al Estado chileno, del miedo y de la pena, cayó en shock. Marcelo la llevó a urgencias. Las enfermeras corrían de un lado a otro, le ponían la bata y la trasladaban a radiología. En uno de sus destellos de lucidez, Paola les recordó que no podían hacerle rayos x, porque estaba embarazada. Nadie dijo nada.

Recostada en la camilla vio aparecer al médico.

-Tus últimos exámenes de sangre arrojaron niveles inaceptables de hormonas. Tu intoxicación es letal. El comité de ética autorizó a hacer todo lo que fuera necesario para salvarte. Quizás después tengamos que hacer algunas quimioterapias, pero es suave, no te preocupes porque no se cae el pelo.

Paola se preguntaba a quién podía importarle el pelo en una situación como esa. La enfermera le tomó la temperatura y le informó que le había puesto una pastilla en la vagina. Era un misotrol. A los 20 minutos comenzaron las brutales contracciones. Sintió que se partía en dos. Se rompió la bolsa y cayó el líquido amniótico.

“En ese momento perdí el control y la ira se apoderó de mí. Me había torturado cuatro meses y medio, y el solo hecho de sentir que tenía que pasar por un parto sin que esa experiencia concluyera en la maternidad, me descompensó. Amenacé con llamar a la policía si no me anesthesiaban”.

Paola no recuerda nada más. Abrió los ojos y vio las luces del quirófano arriba. Había perdido la noción del tiempo. Una enfermera tomaba su mano. En esa habitación había ocurrido un aborto clandestino y no la intervención terapéutica que ella necesitaba. El médico le acariciaba la cara como pidiéndole perdón por no haber podido reaccionar como correspondía.

-¿Tengo útero?

-Sí, mi niña. Podrás ser mamá.

Un par de lágrimas que condensaban todas las emociones habidas y por haber rodaron por su rostro. Cerró los ojos y sintió el suspiro más profundo que hasta ahora ha tenido en sus pulmones, y el alivio más reconciliador que ha podido experimentar. Ya había pasado todo.

“Esa tarde la enfermera rompió las reglas y me dejó fumar un cigarrillo escondida en el balcón de mi cuarto. Ataviada con la indigna bata, me crucé de piernas intentando recuperar la dignidad perdida, y como si estuviera en el caribe, me eché para atrás sobre la silla de ruedas, dando la primera bocanada”.

Un año más tarde, Paola tomaba entre sus manos el test de embarazo que anunciaba la ansiada llegada de Sofía, la primera en habitar su dañado pero fuerte útero luego de la pesadilla. Dos años después, Simón llegó a sus vidas.

Pese a la inmensa felicidad, ella no se olvida de lo que el Estado chileno le hizo, y es por eso que hasta hoy se mantiene luchando por conseguir legislar sobre el aborto.

“Te llevan al extremo vital, al riesgo físico. Con un desgaste emocional y psicológico tuyo y de tu entorno, que es realmente fuerte, sabiendo que esto va a ocurrir. Entonces, está la necesidad de reglamentar, y decir, ‘vamos a interrumpir este embarazo porque va a pasar esto’. Hoy en día tenemos la tecnología para saberlo con certeza, y no se hace, porque los médicos tienen que llegar a ese espacio de protección legal donde digan ‘se me estaba muriendo la paciente’. Entonces es absurdo. Además, me voy llenando de miedo, para no ser tachada de abortista. Por eso las mujeres llevan sus experiencias de aborto muy secretamente. Es muy doloroso, porque no sanan. Falta entender que si yo voy a aplicarte mi moral, estoy dejando de escucharte, tu dolor, tu necesidad”.

Paola siempre estuvo a favor del aborto, pero admite que los juicios eran, en ocasiones, inevitables. Hoy su mirada cambió. La suya y la de sus cercanos. Luego de sentir la humillación impuesta por un sistema irracional y de haber sido obligada a arriesgar su vida para no ser una delincuente, cuando ansiaba ser madre, sabe que otra cosa es con guitarra. Sus hijos, los dos sanos y

preciosos como los soñó desde el comienzo, le recuerdan que hoy tiene el placer de ser madre gracias a un aborto.

## **“No puedes tenerlo todo”**

En octubre del 2011, bajo la administración de Sebastián Piñera, entró en vigencia el bullado “postnatal de 6 meses”, uno de los logros más valorados del gobierno de la Alianza. Lo que esta ley venía a hacer era extender en 12 semanas el periodo de descanso de la madre posterior al parto, como medida que beneficiara el correcto periodo de lactancia y el apego con el hijo.

Pese a todas las bondades que esto significaba para las mujeres que quisieran o fueran a ser madres, habían en esta ley espacios poco iluminados, que constituían una complicación: en este segundo periodo se mantendría el tope establecido (66 UF) de remuneración y quienes superaran ese tope, estarían seis meses sin recibir su sueldo completo. Desgraciadamente, no muchas pudieron verlo, porque en Chile sólo un poco más del 16% de las mujeres supera el ingreso de \$550.000 líquidos, según datos de la fundación SOL.

Erika Maira tiene tres hijos. Los dos últimos los tuvo cuando la nueva ley de postnatal había entrado en vigencia. Estaba feliz con la noticia. Erika ejerce como fiscal del Ministerio Público hace varios años, y ha ido escalando profesionalmente con mucho orgullo. Esto le ha valido conseguir un nivel de ingresos bastante superior al promedio de las mujeres chilenas, y aportar en su hogar con el 50% del total de la renta mensual.

Cuando se enteró de que iba a ser madre por segunda vez se dio cuenta de que perdería gran parte de su remuneración, y empezaron las dudas. Como empleada pública, Erika no sufría recortes en caso de postnatal en el primer periodo, antes de que entrara en vigencia la ley de los seis meses. Por lo tanto, debía arreglárselas para saber qué hacer las últimas 12 semanas. Aunque la ley no lo admite y señala que este beneficio es irrenunciable, en el Poder Judicial y el Ministerio Público, de manera irregular, entregan la posibilidad de renunciar al segundo periodo de postnatal, y así no sufrir el recorte del sueldo. Erika tenía la suerte de poder cuestionárselo, no como muchas jefas de hogar que no tenían opción.

Luego de conversarlo y darle varias vueltas a la situación, decidió quedarse en casa cuidando a su hijo, y aprovechar para cumplir el periodo de lactancia continuo recomendado por la Organización Mundial de la Salud y fomentar el apego madre-hijo, aunque eso significara perder la mitad de su sueldo.

“En Chile todos los empleados públicos siempre recibirán el 100% de su sueldo durante una licencia, pero con postnatal se produce una excepción que sólo afecta a las mujeres, a las que les pueden quitar hasta el 70% de su sueldo. Muchas son jefas de hogar y no cuentan con el apoyo de un padre, y han debido renunciar al postnatal parental, a ese segundo periodo. Es terrible porque sienten que sus hijos las necesitan en ese periodo, tanto como

necesitan de la remuneración completa para solventarlos. Además, esto constituye un desincentivo para las mujeres para tener hijos nuevamente”.

Erika hizo el esfuerzo. Lo hizo con su segundo y tercer hijo. En ambas ocasiones esto significó un endeudamiento importante que hasta hoy arrastra, que la desordenó y la obligó a reducir la calidad de vida que había adquirido en función del ingreso total del hogar. Parte de los altos gastos que no pudo rebajar fueron el dividendo, los colegios, el auto, entre otros, que la llevaron a terminar por endeudarse, además de tener que ahorrar en varios ítems de lo cotidiano y cambiar su forma de vida de un día para otro porque su remuneración se vio mermada.

La impotencia llevó a un grupo de mujeres fiscales, entre ellas Erika, a agotar todas las instancias nacionales para modificar la ley: la Corte de Apelaciones, el Tribunal Constitucional y la Corte Suprema, pero las puertas se cerraban una tras otra. El siguiente paso era recurrir al ámbito internacional. Así llegaron ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, participaron de una audiencia en Washington para visibilizar el tema y además presentaron una denuncia durante abril de 2015, que hoy espera una resolución que puede demorar hasta 10 años en llegar.

Erika asegura que “bastaría con que el gobierno mande un proyecto de ley que es muy sencillo, que tiene que eliminar un artículo que se introdujo con la nueva ley de posnatal, para volver a la situación anterior, que era que no nos recortaban el sueldo en razón del posnatal. No es que el Estado tenga que incurrir en un gasto para volver a la situación anterior porque nuestros sueldos están previstos en la ley de Presupuesto. Entonces, la verdad, lo que ocurre es que nos recortan el sueldo y ese dinero el Estado se lo está ahorrando y lo está utilizando para otros fines, permitidos por supuesto, pero el Estado ahorra a costillas de nuestro posnatal. Eso no puede ser. Es una discriminación injusta y arbitraria. Desde el punto de vista de la factibilidad política, hay problemas porque ya lo hicieron y ahora no quieren aparecer, según lo que yo he escuchado, favoreciendo a mujeres con altos ingresos. La verdad es que eso también es bastante injusto porque nosotras somos mujeres que provenimos de distintas clases sociales, que hemos invertido en nuestra educación y que hemos accedido a nuestros puestos de trabajo por nuestras competencias, y en razón de eso hemos logrado los ingresos que tenemos”.

El grupo que está esperando esta resolución es una asociación de mujeres fiscales, pero que no sólo piden por su situación en cuanto a empleadas públicas, sino para que a todas las mujeres con ingresos que superan el tope establecido se les pague su sueldo completo durante el postnatal.

Muchas de sus colegas renunciaron al postnatal por no poder soportar la pérdida de sus sueldos, llevando a sus hijos e hijas a tener que prescindir de ellas a partir de los tres meses, desincentivando el apego y la lactancia, y entrando a trabajar como si la nueva ley nunca se hubiera dictado. Así esta diferencia llega a los mismos niños y niñas, habiendo algunos que sí podrán gozar de sus madres tiempo completo y con un buen periodo de amamantamiento, y otros que no.

Actualmente, 4 de cada 10 hogares son sostenidos por mujeres, lo que hace que estas medidas se tornen tremendamente significativas, mucho más que hace algunos años atrás. “Esto tiene como trasfondo una evidente visión patriarcal de la sociedad, porque el ingreso económico de la mujer se percibe en nuestro país como suplementario. No se entiende que la mujer pueda ser el sostén de su familia, sino que siempre existe un hombre que se hace cargo, por lo tanto no sería tan grave recortar el sueldo de la mujer”.

Erika insiste en que lo que aquí pasa es una colisión de derechos esenciales: “No queremos ser obligadas a parecer hombres en el ejercicio de nuestros cargos, de manera tal que el Estado nos exija no hacer visibles nuestras necesidades de madre. Recibimos un fuerte castigo por decidir cuidar a nuestros hijos, y se pidió a la Corte Suprema que se pronunciara. ¿Y qué decidieron? Que nosotras eligiéramos el castigo. Es decir, nos dijo ‘usted va a

ser madre y ejerce este cargo importante, va a ser castigada por ello, pero a usted le vamos a conceder la oportunidad de elegir el castigo: pierde su remuneración en un porcentaje importante, o bien, prescinda de cuidar a su hijo”.

En la audiencia, en el edificio de la OEA ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, los representantes del Estado chileno aseguraron estar trabajando por mejorar la ley. Sin embargo, esto puede tomar tanto o más tiempo que el que demora la Comisión en entregar una solución. Mientras tanto, Erika y sus compañeras siguen tratando de visibilizar el problema y darle voz a otras que no la sacan, y que no cuentan con su experticia en términos de derecho. Y también mientras tanto, muchas mujeres renuncian irregularmente a cumplir su postnatal por evitar el castigo económico, en detrimento de conseguir el apego ideal con sus hijos y darles los cuidados que quisieran, discriminadas nuevamente por el sistema social y el patriarcado.

## **Porque Dios así lo quiso, porque Dios también es hombre**

Esta era una historia que no me esperaba. No había citado ninguna entrevista. Estábamos en el café de siempre, en el Barrio Italia. Tenemos la costumbre de salir por las tardes los domingos. Así conversamos un rato lo que no alcanzamos en la semana, que casi ni nos vemos después del trabajo.

Yo le estaba contando de lo mucho que necesitaba un testimonio sobre aborto, que era un capítulo de mi memoria que me había costado mucho en particular. Después de un largo silencio me abofeteó con una confesión.

-Yo tengo una historia que te puede servir.

Enseguida pensé que se trataba de alguna amiga suya. Nunca pensé que ella era la protagonista de relato que vendría a continuación. Recién a mis 23 años me venía enterando de que mi mamá había abortado cuando era una niña.

-¿Por qué nunca me dijiste? Tú sabes cómo soy y lo que pienso. Nunca te habría juzgado.

-No sé. Siempre me ha dado miedo. Nadie sabe. Es fuerte.

Todavía estaba un poco choqueada. No supe ponerme en el papel de la entrevistadora, no supe qué preguntar. Fue una conversación normal. Ahí me contó que tenía 15 años cuando abortó. Con dificultad pasamos un rato

tratando de rearmar la historia quebrada y medio borrada por el tiempo y la culpa.

Pololeaba con un compañero de curso que era cuatro años mayor. No era del gusto de mi tata porque era porro y flojo. Con él perdió su virginidad casi por lástima, como consecuencia de un largo historial de manipulaciones básicas. Siempre le decía que se iba a matar, que iba a gritar y lloraba cada vez que ella trataba de alejarse o terminar.

Así fue también ese día. Algo así como la segunda vez que tuvieron sexo. Luego, lo típico: un atraso simple de un par de días en un periodo regular. Podía ser cualquier cosa. Esperó. Esperó hasta el día 15. Le contó a una amiga para compartir un poco el peso del secreto.

Partió a la casa de ella con el test en mano, entró al baño y esperó esos tres minutos que todas las que hemos estado ante un posible embarazo no deseado bien sabemos que pasan muy lento, como si tuvieran un pacto maldito con el reloj. Marcó positivo.

Empezó el trabajo de investigación sobre métodos abortivos. No podía contarles a sus papás. ¿Qué iban a pensar? En sentido contrario viajando en su mente venían sus valores y su educación católica: el castigo de Dios.

La vergüenza y el miedo a hablar fueron más fuertes. Tomó pastillas, litros de agua de ruda. No pasaba nada. Incluso fue de paseo a Fantasilandia y pasó el día en el Tagadá, esperando que los saltos se deshicieran del embrión. Estaba desesperada. Una tarde, después del colegio, se encerró en su pieza a llorar. Su mamá abrió la puerta.

-Ceci, ¿qué pasa?

-Nada, mamá.

-¿Estás embarazada?

Regó con sus lágrimas la cama tras la pregunta. Mi abuelita entendió que eso era un sí.

-¿Cómo te enteraste?

-Estás distinta, tu cuerpo ha cambiado. Además, soy tu mamá. Una siempre sabe. Voy a tener que llamar a tu papá para contarle.

Ella sabía bien lo que eso significaba. Él siempre fue un padre castigador, y por miedo a su reacción, le rogó que no le dijera nada. Le contaron a mi tío primero. Fue él el que corrió a la oficina de mi tata a darle la noticia y volvieron juntos a la casa. La retó como nunca.

En su primera visita al ginecólogo lo pasó mal. Fue brusco y hostil. Tras comprobar que estaba embarazada, pasaron a la consulta de un doctor amigo de la familia, que trabajaba en el mismo centro médico. Le contaron todo y fueron derivadas con la secretaria.

-Aló, ¿sastre?

-Sí.

-Tiene un metro y medio.

Esa tarde mis abuelos decidieron que mi mamá abortara. “Me dijeron que tenía que hacerlo porque no podía hacerme cargo, porque me iba a cagar la vida, porque qué iban a decir los demás. Yo dije que no quería, aunque tenía miedo de cómo iba a venir la guagua si la tenía después de todo lo que había hecho. Pero por otro lado estaba la parte católica de hacerme un aborto, que era un pecado. Yo pensaba que Dios me iba a castigar porque estaba matando una guagua”.

Pensó en esconderse para que nadie hablara y después asumir la maternidad, pero su opinión no valía. La decisión estaba tomada. Se la comunicaron a los consuegros, quienes no estuvieron de acuerdo.

-No vamos a poner un peso para ese procedimiento. Si ella decide tener la guagua, vamos a hacernos cargo, pero no cuenten con nosotros para esto.

El padre del hijo en cuestión no se enteró de su destino hasta que ya estaba hecho. Se había puesto feliz con la noticia, no habría querido.

La llevaron a una casa. La casa particular de una matrona que se dedicaba a hacer abortos clandestinos de manera muy rudimentaria. El lugar era oscuro, antiguo. Entró y empezó a sentirse mal. Estaba nerviosa y se sentía sucia, asustada, avergonzada. No miró a sus papás hasta que salió. La hicieron pasar a una pieza, aún más oscura que el resto de las habitaciones. No había ventanas. Era horrible. Se acostó en la camilla. Me dijo que recordaba que la mujer era brusca y poco amable. Dijo que era obvio. Le pregunté por qué. “Porque una se queda con la sensación de que está haciendo algo malo y te están castigando. Es así como ‘¿no te gustó la hueá? Toma, aquí *tenís*, con esto vas a sufrir’”. Me partió el alma pensar que sentía que se merecía el dolor por el que estaba pasando.

“Lo pasé pésimo. Me dolió mucho. No quería salir, y ella metía y metía una cosa. Me pusieron muchas inyecciones de antibióticos muy dolorosas. Yo le pedía anestesia, pero ella decía que ya me había puesto. Fue feo”.

No sé bien si no podía o no quería recordar. Supongo que más lo segundo. Durante todo el testimonio no fue capaz siquiera de pronunciar la palabra “aborto”. “Cuando salí de la pieza donde me hicieron ‘eso’, miré a mis papás con mucha pena. Me sentía ultrajada. Me dolió tanto, fue tan asqueroso. Cuando terminó el procedimiento, lo echaron en un balde. Yo pensaba ‘mi guagua está en un balde’. Ella me preguntó si lo quería ver, y yo le dije que no. Pensé que si estaba hueona de la cabeza. Ver un balde lleno de sangre... no sé cómo saldrá el feto después de todo lo que te mueven por dentro. Estuve tres días en reposo en la casa, tomando antibióticos. Estaba asustada de que se me infectara, porque no podía llegar a un lugar y decir ‘oye, me hice un aborto y se me infectó’ porque era ilegal”.

Cuando regresó al colegio se encontró con él. Ya no podía ocultarle que no iba a ser papá. Una vez que se enteró, lloró mucho y le gritó que había matado a su hijo.

En su casa nunca más se habló del tema. Cada vez que salía en una conversación o en televisión, se sentía mal. “Lo llevé guardado siempre. No lo conté por lo que la gente piensa. Hoy tampoco puedo. Siento que fue un pecado. Puedo decir que me metí con un gallo casado, pero no podría decir que aborté. Siento que fue muy malo lo que hice. Me costó volver a mirar a mis papás a la cara. Tenía vergüenza, rabia. Yo creo que si hubiese sido en

una clínica, un procedimiento normal, no clandestino, habría sido muy distinto, menos traumático. Si hubiese sido legal, no me sentiría como una asesina, que hizo algo además prohibido por Dios, que me iba a castigar. Es lo que me inculcó el colegio de monjas. Siempre le pedí perdón, que no me castigara. Pensé que por lo que había hecho nunca más iba a poder quedar embarazada”.

El año 90 quedó embarazada nuevamente. Estaba casada y tenía 21 años. Fue la mejor noticia del mundo. “Estaba muy feliz, súper agradecida. Para mí esa fue la señal de que me había perdonado. Lo que sí siempre tuve claro, desde que supe que ibas a hacer una niñita, fue que si tú quedabas embarazada jamás te iba a obligar a abortar”.

Nos terminamos el café en silencio. Ella me miraba y sonreía, aunque yo sabía que no quería sonreír. Los ojos los tenía a punto de río y yo la garganta obstruida por un nudo de incomprensión. Nos paramos y la abracé. Ese día entendí por qué lloraba tanto cuando escuchaba esa canción de Trigo Limpio que relata un aborto. Entendí por qué nunca me retó cuando le confesé un par de atrasos peligrosos. Pero sobre todo corroboré lo necesario que es contar estas historias, si son una pequeña luz que ilumina el camino del cambio.

## EPÍLOGO

Cuando comencé a escribir esta memoria, pensé que la sensación del término iba a ser un tanto aliviadora. Ahora que llegó ese momento de ponerle punto final, la verdad es que me siento impotente y afligida. Impotente porque esto es sólo un poco, una pequeña parte, un grano de arena en una playa enorme, tapada por cerros de basura; impotente porque me encantaría hacer más; impotente por la lentitud de la transformación social.

El otro día almorzaba en el patio de comidas de un mall, y una de las cadenas de comida lucía un gran cartel de la promoción del momento. Algo tenía que ver con tomarse un rocket de cerveza entero (disculpen la imprecisión), y el mensaje era algo así como “¿Te la puedes como un hombre o te vas a portar como una niñita?”.

En televisión siguen mostrando el fascinante estereotipo de mujeres estupendas, sembrando la anorexia y la bulimia, logrando que las demás nos avergoncemos de nuestros cuerpos, nos pongamos pechugas, pasemos horas en el gimnasio o gastemos millones en centros de estética, apliquemos bisturí en nuestros rostros, comamos culposas, nos compremos lentes de contacto, o sencillamente vivamos en una constante y angustiante inseguridad.

En las mesas de discusión sobre el aborto vemos a políticos y religiosos hablando por las madres, futuras madres o potenciales madres; por las mujeres, imponiendo su moral a todas por igual. Ellos, ahí sentados, definen cómo se nos aplicará la ley y qué se hará con nuestros cuerpos y nuestros planes. Una sarta de hombres que ignoran cualquier proceso de gestación, de maternidad, que están ahí para decidir nuestro destino. En televisión desfilan curas, diputados y rectores de universidades que dan su opinión sobre algo que nunca entenderán, y menos experimentarán.

El miedo muchas veces irremediable a andar solas por la calle, porque cualquier insulto, palabra o mirada violenta puede atravesarse en el camino, o peor aún, podemos ser tocadas, perseguidas o violadas.

El postnatal, la discriminación por la maternidad en lo laboral, por amamantar en público, por no querer ser madres, los sueldos más bajos, los cargos menos importantes, los reproches por vivir libremente nuestra sexualidad, la violencia obstétrica, y una serie de situaciones del día a día que nos indican que el camino es largo, pero que no por eso hay que dejar de transitarlo.

Lamento que de la gran lista de temas haya habido muchos que no pude tocar por factibilidad temporal y otros obstáculos. Me hieren las historias que conocí cuyas protagonistas no quisieron sacar a la luz, muchas veces por

miedo, otras por resignación, otras porque sencillamente el recuerdo les trae un dolor insoportable.

Entrené mis oídos y mi mirada para poder escuchar las experiencias más desgarradoras sin que pudieran advertir cómo se me quebraba el alma mientras el tiempo avanzaba en el universo inerte y plástico de mi grabadora. Escondí mis manos para que las entrevistadas no vieran mi puño apretado de rabia e impotencia por la violencia que han tenido que soportar, que hemos tenido que soportar. Porque como dije en un principio, esto tiene que ver mucho conmigo. Historias que son mías, tanto como tuyas, o tuyas tanto como mías. Mujeres que hemos sido desarmadas en algún punto de nuestras vidas y que hoy peleamos por levantarnos con entereza, por comprender, por hacernos más fuertes ante los golpes cotidianos y cambiar de una vez los males del patriarcado chileno.

Y aunque modesta, esta es mi arma, y esta memoria es mi primera bala. El periodismo es una trinchera a veces hostil, pero desde aquí espero dar la batalla por mí y por el mundo que quiero construir. Eso fue siempre lo que más llamó mi atención de esta carrera. Porque el poder que tenemos, el poder de la palabra, es enorme. Es el poder de la verdad. ¡Qué suerte tenemos de que muchos y muchas vengan a nosotros a contarnos, llenos de esperanza y fe en nuestro trabajo, sus dolores y preocupaciones! Pero qué responsabilidad tan

grande la de no hacer vista gorda y no defraudarlos. Podemos dar voz, contar historias, anhelando que éstas lleguen a mentes que no las desechen, que las reproduzcan y que así, textos como éste, se transformen en un aporte para el cambio que muchos soñamos.

En mi caso, es extirpar el machismo, el orden patriarcal que tanto daño nos hace, y nos ha hecho en Chile.

Que utilizó nuestros cuerpos como aparatos represivos y nuestro género en general para denostarnos en dictadura entre el '73 y el '90.

Que nos usó de mano de obra barata durante la Industrialización, y de ahí en adelante. Que antiguamente nos negó la ciudadanía y la responsabilidad política, el derecho a una independencia económica y a una formación profesional, y nos relegó a una vida de “hogar” y al cuidado de la descendencia, hasta que en los albores del siglo XX nos decidimos a tomar definitivamente nuestro lugar e iniciamos un valiente proceso de emancipación, que dura hasta el día de hoy (Pardo, 2001).

En cada momento de la Historia las mujeres hemos tenido que hacernos notar en una sociedad indiferente, que nos usa para promocionar cervezas. Pero muchos han ignorado e ignoran aún que en nosotras existe un gran poder, y una fuerza interior que nos impulsa a usarlo, que no dudo logrará terminar lo

que un día empezó. Para ese mañana levanto esta bandera, y les digo que no más.

## BIBLIOGRAFÍA

ARFUCH, Leonor. (2002). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

BEAUVOIR, Simone de. (2013). *El Segundo Sexo*. Buenos Aires: Debolsillo.

PARDO, Adolfo (2001). *Historia de la mujer en Chile. La conquista de sus derechos políticos en el siglo XX*. Santiago: Revista Crítica.cl. (Disponible en: <http://critica.cl/recapitulemos/historia-de-la-mujer-en-chile-la-conquista-los-derechos-politicos-en-el-siglo-xx-1900-1952>)